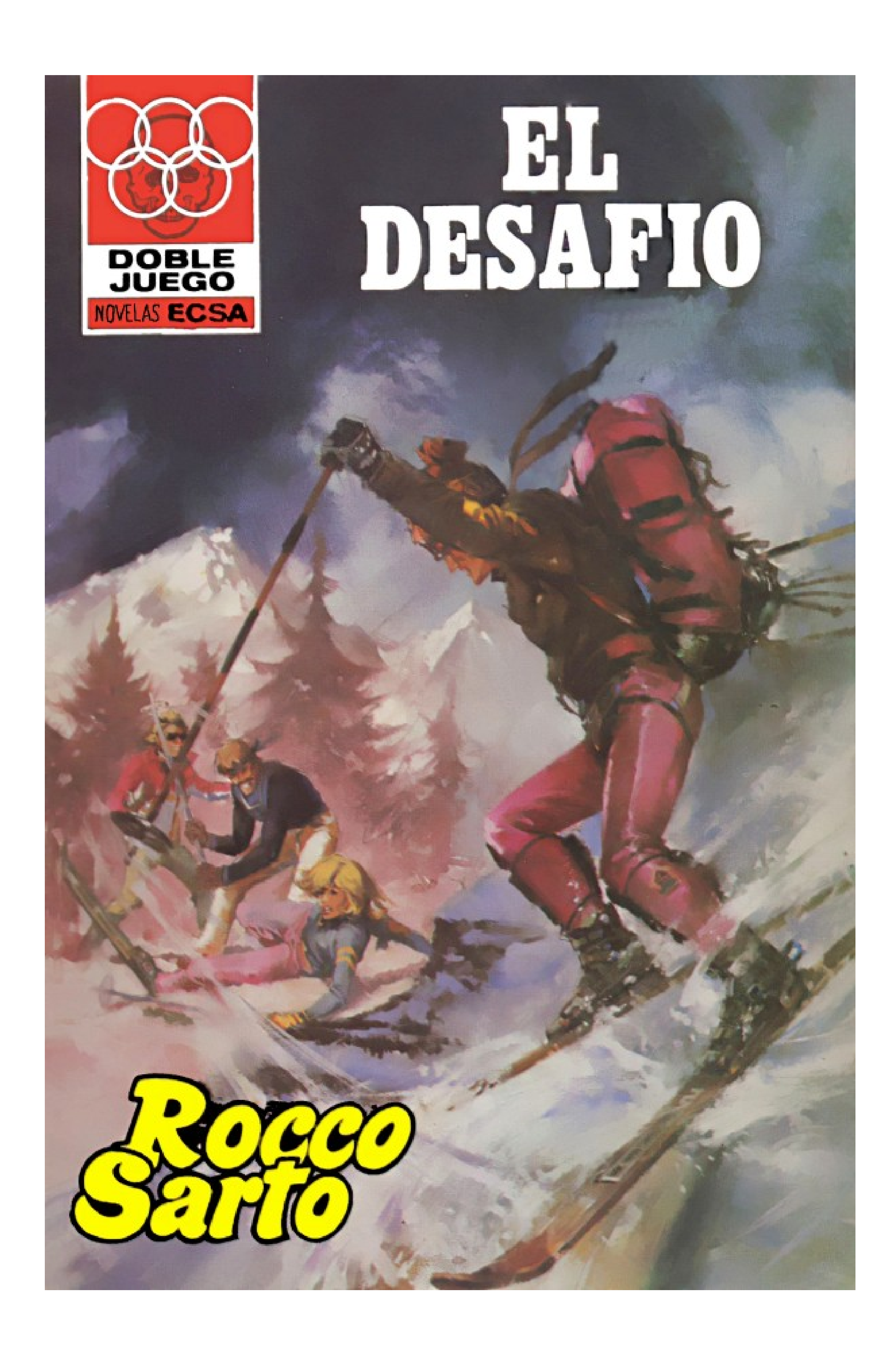
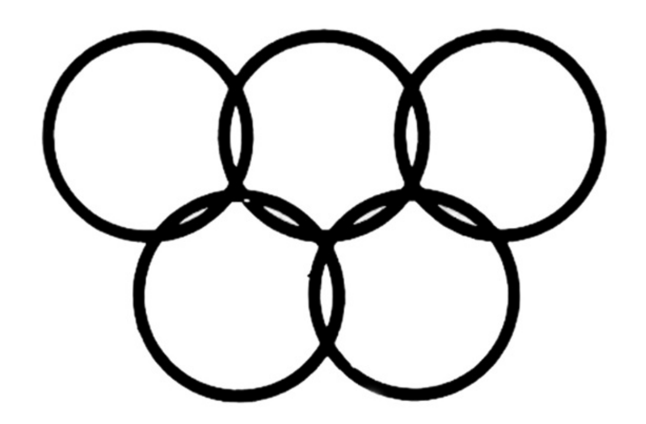

DOBLE
JUEGO
NOVELAS ECSA
EL
DESAFIO
Rocco
Sarto



COLECCION DOBLE JUEGO

ECSA

ROCCO SARTO

EL DESAFIO

Colección
DOBLE JUEGO n.º 8
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048-5
Depósito legal: B. 10.939-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1982
1.ª edición en América: noviembre, 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

Odiaba hacerlo, pero no tenía más remedio.

Miré con desagrado la alacena vacía, las botellas vacías y sentí como una voz de aliento el reclamo de mi estómago vacío.

Suspiré resignado antes de ir en busca del equipo.

Deposité el traje de una sola pieza, mi viejo buzo de combate, sobre el sofá delante de la chimenea encendida y sentí una súbita nostalgia.

Estaba acostumbrado a superar esos pequeños orificios en los que mi memoria solía hacerme resbalar cuando algún detalle cotidiano me devolvía a épocas pretéritas, cuando mi vida y el mundo parecían tener algo en común.

Decidí, contra todas las indicaciones de la moda sofisticada que reina en las estaciones más célebres de deportes de invierno, calzarme mí querido anorak ligero y antiderrapante, amigo de cientos de caídas por cientos de laderas diferentes.

Eché una mirada a las botas, los calcetines y el jersey que había elegido, el mismo que me acompañaba en las viejas competiciones.

Sonreí ligeramente al comprobar que espontáneamente iniciaba todo ese ritual alimentado de cábalas y pequeñas manías que me acompañaban cuando iba a vestirme para salir a la pista nevada. El hombre es un hijo pródigo de sus propias pasiones, y yo no era diferente.

Me senté delante del fuego y me quité el tejano y las botas de piel para estirar los pies hacia las llamas enrojecidas que danzaban en el hueco oscuro de la chimenea. Alguna vez llenaría a tope la despensa para no tener que ir en busca de provisiones más que un par de veces al año.

Me introduje dentro de mi buzo azul y comprobé que todos los bolsillos estuviesen cerrados para que la nieve no se colara en ellos. Un jersey cómodo y abrigado, dos pares de calcetines de lana pura y las botas, las mismas, de siempre, acostumbradas a mis pies. Para un esquiador las botas son fundamentales, no existe nada más

incordiante, molesto y exasperante que un mal calzado a la hora de lanzarse por la montaña.

Elegí un par de gafas amarillas porque el día había amanecido muy nublado y según los partes meteorológicos aquel temporal que iba a desatarse duraría un par de días. No quería quedarme atrapado en mi deliciosa cabaña sin nada que comer o beber mientras la nieve se acumulaba contra las puertas y ventanas como una mano blanca y letal.

Acerqué el chispero a la boca de la chimenea y lo ajusté para que impidiera cualquier pequeña brasa que pudiese convertir la cabaña en una tea.

Atravesé el enorme salón y me detuve en el pequeño vestíbulo para extraer del armario de los recuerdos mi par de esquíes de un metro sesenta. Los miré como se mira a un amigo querido al que la vida se ha llevado muy lejos y que al cabo de los años regresa con la misma sonrisa.

Los deposité junto a la puerta y regresé al salón en busca del anorak y la mochila donde portaría los víveres. En el último momento pensé que tal vez encontrara a Isaac en su pequeño despacho y cogí un par de óleos que ya tenía dispuestos para él.

Ajusté las telas a la mochila y salí al exterior con ambos esquíes bajo mi brazo derecho.

Para el esquiador, cuando está dispuesto a surcar la planicie helada, hay un momento en el que el corazón se anticipa a esa sensación increíble de ser absolutamente libre en la montaña solitaria.

Respiré hondo, comprobé que llevaba todo lo necesario y me calcé los esquíes.

Me deslicé lentamente sin utilizar los bastones, dejándome ganar por la palpitación de mi corazón, por el viento helado que crecía contra mi rostro encapuchado, por esa maravillosa experiencia de hendir el paisaje como si uno fuese el único ser vivo en medio de una belleza demasiado perfecta.

Mi cabaña había sido construida por el viejo Duncan Navratille, mi padre, hacía ya más de cuarenta años, cuando toda aquella región no era todavía una fuente de ingresos para la economía nacional merced a la afluencia del más selecto personal internacional atraído al seno de los deportes invernales.

Yo había nacido allí y allí habían muerto mi padre y mi madre mientras su hijo corría detrás del triunfo envuelto en su buzo de competición.

Aproveché los últimos cincuenta metros de descenso para tomar impulso y trepar todo lo posible la colina que separaba mi cabaña de las pistas más extremas. De todos modos los últimos metros tuve que superarlos con una subida en cuña, colocando los esquís en forma de V y sintiendo la tensión de mis músculos como tensores de acero a lo largo de los muslos.

Me detuve en la cima y miré a mí alrededor. No hacía mucho que había amanecido y el sol reverberaba sobre la planicie maravillosamente blanca. Había una ancha franja de poco más de cinco kilómetros en la que los pinos aparecían separados unos de otros para ir congregándose en el bosque tupido y verde en forma de media luna y acabar en las pistas donde ya se podían observar las evoluciones de los más madrugadores con sus trajes coloridos bajo el cielo gris, ahogados por una avalancha de pesadas nubes tormentosas.

Respiré muy hondo y sentí esa corriente excitante que dominaba mi cerebro cuando me disponía a realizar un descenso arriesgado.

Me lancé directamente hacia el frente sin utilizar los bastones y comencé a inventar un *slalom* entre los pinos. Conocía perfectamente la montaña. Sabía exactamente en qué sitios habían sido tallados los viejos pinos cuyos troncos mutilados podían acabar con el mejor esquiador confiado.

Fue un juego rápido y vital. Mis músculos recuperaban su personalidad deportiva y mi sangre vibraba con un nuevo ritmo como si mi retiro voluntario de las pistas no hubiese sido aceptado jamás por la bien dispuesta fisiología de mi cuerpo.

Realicé un largo derrapaje para detenerme antes de entrar en el bosque. Había algo especial entre los altos pinos cargados de nieve, en esa geografía vegetal sobre la estepa fría, y me deslicé en zigzag, conteniendo la velocidad que imprimía el declive suave de la ladera.

Era mi bosque.

Nadie se aventuraba por él porque resultaba muy peligroso transitar entre troncos y raíces sin ser un verdadero experto.

Era mi bosque y lo amaba profundamente. Separaba mi cabaña

oculta por la colina del centro de esquí y me proporcionaba esa falsa seguridad de vivir en una isla, lejos del mundillo dicharachero y multicolor de los turistas embelesados por el pequeño escape urbano hacia las montañas vírgenes, el oxígeno demasiado puro y el afán fantaseado de alguna aventura de invierno.

Me llamó la atención el grupo.

Estaban más abajo, a unos ochenta metros, en una franja abierta entre los pinos como si un buldozer hubiese pasado por allí abriendo una corta carretera que nadie utilizaría.

Eran dos hombres y una mujer.

La mujer parecía en apuros.

Si hubiese seguido sin prestar atención a aquel grupo seguramente mi vida hubiese continuado su impuesto derrotero de soledad y aislamiento.

Pero yo había sido un habitante de la montaña desde mi nacimiento y todos mis años juveniles, hasta que decidí mi retiro cuatro años atrás, a los treinta y dos abriles, había aprendido la lección fundamental del esquiador. Siempre, sin excepción, debe prestarse ayuda a quién la necesite. Y aquella mujer parecía necesitar toda la ayuda posible.

Aumenté la velocidad y me lancé directamente hacia ellos. La muchacha estaba caída entre los dos tipos. Sus esquíes se habían zafado y procuraba ponerse de pie mientras uno de ellos la vapuleaba con violencia y el otro reía, inclinado, diciendo algo que yo no podía oír.

Detectaron mi presencia cuando ya estaba encima de ellos y no atinaron más que a blandir sus bastones como bates de béisbol. Golpeé al primero con uno de mis bastones y lo arrojé ladera abajo, rodando sobre la nieve blanda y fina, derrapé con las rodillas flexionadas y detuve mi carrera con el tiempo justo para volverme.

El tipo que quedaba no parecía dedicarse a mí, sino que estaba empeñado en acabar su tarea con la muchacha, fuese la que fuese, y ella parecía incapaz de rebelarse.

Vi cómo alzaba su bastón y golpeaba con su afilado extremo una de las manos de la chica, que lanzó un grito de dolor y dejó caer la cabeza hacia atrás.

Perdí la cabeza.

Avancé lentamente hacia el tipo, caminando en cuña por la

pendiente y rugiendo de impotencia. El tipo volvió a alzar el bastón y supe que no llegaría a tiempo. Solté la muñequera de mi bastón y lo arrimé a aquella alimaña sádica. El bastón lo golpeó en la cabeza. No le hizo demasiado daño, pero me dio tiempo a acercarme.

Lo cogí del anorak, del cuello y lo golpeé con una fuerza endemoniada en la frente. Cayó hacia un costado y comenzó a deslizarse por la pendiente. Chocó con el otro y entre los dos se pusieron de pie con dificultad. No habían perdido los esquíes por lo que sin prestarme mayor atención se lanzaron hacia las pistas. Durante algunos momentos procuré seguirlos con la vista y registrar sus trajes, pero luego, cuando se mezclaron con la marabunta en tecnicolor que invadía la ladera, decidí ocuparme de la muchacha.

Tenía el rostro cubierto por un pasamontañas y la capucha de su anorak sujeta bajo la barbilla.

Las gafas habían desaparecido durante el ataque y tenía los párpados cerrados.

Aflojé la capucha, le quité el pasamontañas y levanté su cabeza para frotarle el rostro con nieve. Gimió, abrió la boca y se ahogó. La sostuve lo más erguida que pude para que consiguiera escupir la nieve que había tragado y luego limpié de copos sus cabellos rubios y ondulados.

Tenía una expresión de sorpresa cuando fijó sus maravillosas pupilas verdes en mí.

—Todo está bien —dije y oprimí su hombro—. Voy a echar un vistazo a esa mano.

Pareció recordarlo todo entonces y el dolor regresó a su mano junto con la comprensión de la situación.

Encogió el brazo contra su pecho y miró a su alrededor.

—Se han ido, no temas.

Cogí la mano herida y, siempre mirándola fijamente a los ojos, comencé a quitarle el guante.

Tenía un hematoma de aspecto sobrecogedor en el dorso y se hinchaba rápidamente.

Abrió la boca para decir algo, pero luego miró aquella mancha violácea que se extendía desde los dedos a la muñeca y solo atinó a lanzar un sonido apagado entre sus labios pálidos, cerrar los párpados con fuerza y sollozar quedamente.

Me conmovió. El tiempo me ha endurecido, el tiempo y algunas

tonterías que hice y me hicieron durante demasiados años. Pero aquel sollozo solitario, encerrado en una angustia serena y resignada, llegó hasta ese superviviente que todos llevamos dentro y que a pesar de los caparazones suele colarse en los momentos más adecuados.

Hundí aquella mano hinchada en la nieve y la cubrí rápidamente.

—Se enfriará lo suficiente como para que no te duela tanto mientras llegamos a la clínica.

—Gracias... —musitó sin dejar de llorar.

No debía tener más de dieciocho años y parecía muy pequeña y desvalida bajo los altísimos pinos cubiertos de nieve.

Cinco minutos después la ayudé a ponerse de pie y calcé en sus botas los esquíes perdidos.

—Tienes que tratar de llegar —dije con firmeza, asiéndola de la mano sana.

—Puedo hacerlo.

—Yo te guiaré, ¿de acuerdo?

—Gracias.

Iniciamos un lento descenso, describiendo amplios recorridos para evitar una posición en cuña que fatigaría a la muchacha. Ella pareció adivinar mis pensamientos porque se volvió hacia mí y dijo:

—Soy una buena esquiadora, aumenta la velocidad. No he recibido ningún golpe en las piernas.

Sonreí y obedecí su sugerencia.

Atravesamos las pistas con precaución y dejamos que los esquiadores que estaban por encima de nosotros se ocuparan de no atropellarnos.

En las canchas el deportista que se encuentra en una posición más elevada debe cuidarse de los esquiadores que tiene delante y más abajo que él.

Describimos un amplio giro cuando llegamos al enorme y atestado edificio de la estación de la telesilla y me dirigí hacia el otro extremo del pueblo por una calle lateral, cubierta de nieve marcada por infinidad de huellas y que llevaba justamente a la entrada de urgencias de la clínica.

En aquel trayecto improvisado por mí pude sentir que la muchacha se estremecía y realizaba un movimiento incorrecto que

casi nos hace perder el equilibrio.

La sostuve con fuerza y la miré con severidad.

Ella parecía desear hundir el rostro en el cuerpo y todo el torso se convulsionaba con fuertes sollozos.

Nos detuvimos delante de la entrada del edificio donde se había instalado la clínica de la estación invernal.

Le quité los esquíes, la capucha y el pasamontañas. Yo hice lo propio y cogiéndola de la cintura la ayudé a entrar en la sala de espera.

—¿Está el doctor Sèvres? —pregunté a una enfermera de mediana edad que parecía harta de sostener conversaciones en todos los idiomas.

—¿Le espera? —preguntó agradecida de escuchar mi francés regional.

—¿Tu qué crees, Lubisa?

La enfermera levantó su rostro rubicundo y fijó sus ojillos inteligentes en mí. Llevaba mis gafas amarillas y una barba de varios meses muy mal recortada.

—¿Quién diablos...?

—El depredador helado —dijo sonriendo.

—¡Tú, Alain! —gritó y se puso de pie.

Yo soy un individuo alto y robusto, pero confieso que Lubisa podría haber competido y ganado si decidía desafiarla a echar un pulso.

Me abrazó como una osa polar enamorada y me besó sonoramente en las dos mejillas.

—No te muevas —dijo—. Lo llamaré enseguida. ¿Qué ha ocurrido?

—Un accidente. La pequeña tiene una mano fastidiada.

Miró a la muchacha que parecía haberse olvidado de su accidente e ignorar todo cuanto la rodeaba.

Lubisa se puso muy seria y saltó hacia ella para sostenerla justo en el momento en que se desmayaba.

CAPÍTULO II

Jean Sèvres y yo habíamos nacido allí, cometido allí nuestras primeras fechorías de críos y luego, durante la adolescencia y los primeros años de la veintena, ganado una seria reputación de locos de las pistas. Formábamos un equipo y nadie hablaba de uno de nosotros sin que el otro hiciera su aparición como un siamés eterno.

Luego todo cambió, pero esa es otra historia.

Asomó la cabeza desde la jamba de la puerta de su consultorio y clavó sus ojos en la enfermera y la muchacha. Mi aspecto debía ser el de un acompañante compungido por un accidente inesperado. No me reconoció.

—Se ha desmayado, tiene una mano destrozada —comunicó Lubisa.

Jean salió de su cubículo de matasanos y me apartó suave pero firmemente para ocupar mi lugar y llevar a la muchacha adentro.

Yo los seguí sonriendo y él colocó una mano poderosa sobre mi pecho para impedirme la entrada.

—Lo siento, amigo; aguarde aquí.

Jean Sèvres tiene un rostro de formas agraciadas, ojos grandes y sorprendidos, muy azules, y un cabello lacio que lleva siempre impecablemente peinado. Parece un aristócrata inglés de aquellos que popularizó el cine colonial británico cuando se ocupaba de jóvenes, inteligentes, talentosos y buenos bebedores de *whisky* en la India. Yo siempre le tomaba el pelo diciéndole que el esquí no era su deporte adecuado, que tendría que dedicarse al polo y andar erguido como un figurín delante de la sofisticada concurrencia femenina.

—Donde va ella voy yo, muñeco —repliqué impostando mi voz.

Reconocí la frialdad de sus ojos claros y la mano que se apoyaba en mi pecho se endureció. Era un gran peleador y en más de una ocasión habíamos tenido trifulcas de mucho cuidado con los turistas más desaprensivos.

—Reconozco tu mirada, muñeco. Ahora me lanzarás una de tus

secas frases cortantes y luego levantarás tu puño de púgil *amateur*. No me asustas, Jean.

—Maldito bastardo barbudo —musitó y me estrechó contra su pecho.

Me atrajo dentro del consultorio y cerró la puerta a mí espalda.

Me besó en las dos mejillas y creí percibir un tono emocionado en su voz cuando agregó:

—Te hemos extrañado, vagabundo; Dios sabe cuánto te hemos extrañado.

Me dio la espalda y se dedicó a la muchacha.

—Esto no es un accidente —dijo con seguridad.

—No, un tipo intentó clavarle un bastón de esquiar mientras otro la sostenía.

Me miró con furia.

—¿Los conoces? —preguntó.

—No.

—¿Quién es la muchacha?

—No lo sé.

—Su nombre es Anna Joliot —intervino Lubisa.

Tenía el anorak de la muchacha entre sus manos y había extraído un portadocumentos de uno de los bolsillos.

—¿Joliot? —preguntó Sèvres—. ¿Estás segura?

—Tan segura como que usted es médico —bromeó la enfermera.

—¿Quién es? —inquirí yo.

—¿Cuánto tiempo hace que no te mezclas con la gente?

—Demasiado —repliqué a mí amigo—. Y todavía no me alcanza.

—Anna Joliot es la estrella de la temporada. Una promesa para los juegos olímpicos de invierno.

—Comprendo.

—Sí, ha sido cosa de algunos mafiosos —dijo Lubisa.

—No tan deprisa, Sherlock —bromeó Jean.

—Voy a avisar a su familia, están en el Marne.

—Puedes decirles que está bien. Solo que no podrá coger un bastón de esquiar durante algunos meses —agregó Jean, ocupándose de la mano inflamada.

—¿No crees que tendrías que despertarla? —dije, preocupado por la inconsciencia de la chiquilla.

—Lo hará. No te inquietes, Alain.

—Yo la llevaré a su casa en cuanto esté en condiciones, Lubisa. No llames a nadie todavía.

La robusta enfermera se detuvo a medio camino de la puerta.

Sèvres hizo un gesto de asentimiento.

—De acuerdo. Vosotros sois los cocineros, yo solo lavo los utensilios.

Y salió del consultorio.

La muchacha abrió los ojos y me miró. Tenía unos ojos dulces y doloridos y la sonrisa de una adolescente angelical.

—Ya estás bien —dijo Jean—. Te he anestesiado la mano.

Se miró la mano vendada y procuró mover los dedos.

—Escucha, Anna. No lo intentes todavía y con algunos ejercicios recuperarás la fuerza de la muñeca y los dedos en algún tiempo.

La dulzura desapareció del rostro de la muchacha.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó.

—No podrás competir, pequeña. Lo siento.

—¡Hijos de perra! —dijo y comenzó a sollozar.

—¿Puedo llevarla, Jean?

—Sí. Que tome estas píldoras cuatro veces al día. La ayudarán a vencer el dolor y también la depresión.

—De acuerdo, amigo —dije.

—¿Cuándo regresas a tu madriguera?

Sabía qué era en realidad lo que deseaba preguntarme, de modo que respondí en consecuencia:

—Iré a veros esta noche; ¿de acuerdo?

—Magda estará encantada de volver a verte.

Estreché su mano y cogí a Anna por la cintura.

—Gracias, doctor —dijo la muchacha—. Lamento no poder estrechar su mano.

—Me gusta tu estilo, pequeña —dijo Jean—. Eres valerosa.

Cuando salimos fuera de la clínica Anna todavía estaba ruborizada.

—No es necesario que me acompañes; ya has hecho mucho por mí.

—Tienes que pagarme, pequeña.

Me miró divertida y me felicité por ello.

—¿Pagarte? ¿Cómo?

—¿Qué te parece un tazón de café?

Su sonrisa compitió con la diáfana belleza de la mañana.

* * *

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó.

—En tu portadocumentos decía que vives en el Marne.

Volvió a sonreír.

—No, caballero. Tenemos una casa en las afueras, junto al club deportivo. La dirección del Marne es la que corresponde al equipo francés de esquí.

Sentí que se estremecía y comprendí que estaba pensando que ya no formaría parte de aquel equipo.

—Eres una niña todavía, tienes mucho tiempo por delante. ¿No quieres decirme qué fue lo que ocurrió?

—No lo sé. Estaba haciendo algunos ejercicios junto al bosque como cada mañana y de pronto aparecieron esos dos tipos y me obligaron a internarme con ellos entre los árboles. Sentí un miedo horrible porque... pensé que eran dos psicópatas sexuales o algo por el estilo.

—¿Te dijeron algo?

—Nada en absoluto. Les pregunté qué era lo que deseaban y se limitaron a decirme que permaneciera callada, que todo sería muy rápido.

—Ya.

—Traté de zafarme, pero no pude y entonces me arrojaron al suelo y... apareciste tú.

—Sí, pero no llegué a tiempo.

—No ha sido tu culpa.

Habíamos llegado al final de la calle principal, más allá de la estación de ferrocarril y recorrimos todavía unos trescientos metros antes de detenernos con nuestros esquíes frente a un portón del que partía, hacia ambos lados, un muro de tres metros de altura.

Anna se acercó al portero eléctrico y un momento después el portón se abrió con un chasquido.

El parque debía ser maravilloso en verano porque lo era cubierto de nieve, salpicado por algunos árboles estratégicamente plantados, creando un sendero abrigado hasta la casa.

Nos detuvimos delante de un mayordomo impecablemente

vestido, de rostro alargado y severo, con una pajarita negra en su cuello de gallináceo.

—Señorita Anna, ¿qué le ha ocurrido?

—No es nada, Philip —rio ella y entramos en la casa mientras el buen Philip se ocupaba de nuestros esquíes y mi mochila.

Atravesamos varios salones en los que se podría organizar un festival con los Rolling Stones y llegamos a una puerta muy grande y pesada, finamente tallada.

—Es la biblioteca —dijo Anna—. Papá siempre está aquí.

Abrió la puerta y pudimos escuchar las voces acaloradas como si provinieran de un aparato de televisión. No tenían nada que ver con aquel ambiente y ni Anna yo esperábamos algo así al abrir la puerta.

Un hombre muy buen mozo, de alrededor de sesenta años, sentado en una butaca detrás de un escritorio escuchaba indignado lo que decía un tipo de aspecto duro y vulgar, envuelto en un abrigo de imitación de astrakán.

—¡Philip! —gritó el hombre.

El mayordomo apareció como por arte de magia detrás de nosotros.

—El caballero se retira, Philip —dijo el hombre.

—¿Qué ocurre, papá? —preguntó Anna.

El tipo se volvió hacia nosotros y su rostro adquirió una expresión indefinible cuando vio a la muchacha con el brazo en cabestrillo y la mano vendada.

—Aún no he terminado de explicarle mi posición, señor Joliot —dijo el tipo y su voz era áspera y burlona.

No quitaba los ojos de Anna y yo procuraba descubrir qué significaba aquella mirada indefinible.

Apoyó los puños sobre el escritorio y se inclinó hacia el señor Joliot.

—¡Márchese! —dijo Joliot visiblemente exasperado.

Philip dio un paso hacia el tipo, pero yo lo sujeté por un brazo y lo detuve. Aquel energúmeno podría partir en dos al mayordomo solo por empezar a divertirse. Conocía su calaña y sentí una vieja y ardorosa violenta pasión en mis músculos.

—Amiguito —dije dando un paso hacia él—, ya ha oído al dueño de la casa. Ahora bien, tiene dos alternativas, irse como si

fuese usted un ser humano civilizado o...

—¿O qué? —me interrumpió afirmándose delante de mí, con los pies abiertos y en equilibrio.

Lo reconocí como si hubiese estado en un *ring* en calzones de colores. Era un profesional, un matón profesional, de modo que podía actuar con libertad.

Lo primero que hice fue sonreír y pasarme la lengua por los labios. Siempre da resultado ante una bestia violenta y yo solo necesitaba un segundo de distracción.

Estiré ambas manos, lo cogí de las solapas de su horrible abrigo de imitación lo atraje con fuerza hacia mí y le propiné un cabezazo feroz en la nariz. Di un paso hacia atrás, lo solté y con el canto de mis dos manos golpeé sus clavículas. Las dos al mismo tiempo.

No estaba dispuesto a darle tiempo a nada, de modo que le bajé el abrigo abotonado por los hombros haciendo saltar un par de botones plásticos y quedó inmovilizado, mareado y con las clavículas fisuradas.

Lo llevé hasta la puerta de la casa y la abrí. Estaba furioso por lo que no me percaté del coche que llegaba y arrojé al matón escaleras abajo hasta que aterrizó en la nieve blanda. El conductor del deportivo tuvo que realizar una violenta maniobra, el coche derrapó de costado y se detuvo junto a la cabeza del tipo.

Lo ayudé a ponerse de pie y caminé con él los cuarenta metros que nos separaban del portón de salida.

—Escucha, bombón; tal vez estés pensando en volver a por mí o en buscarme. Quiero que sepas que no soy una niñita indefensa. La próxima vez te romperé el cuello.

Lo obligué a agacharse y le regalé un excelente puntapié en su duro trasero.

No vi cómo caía porque cerré el portón de inmediato.

Cuando me volví, Philip y Anna corrían hacia mí por el sendero. Pero no me entretuve con ellos porque a pocos metros, mirándome como si yo fuera el monstruo verde tragapiedras del Bois de Boulogne, estaba la mujer más increíble que había visto fuera de mis más exóticas fantasías.

CAPÍTULO III

—Hola —dije.

La furia comenzaba a desaparecer y con ella se marchaba una de mis peores cualidades.

—¿Estás bien? —preguntó Anna, cogiéndose de mi brazo.

—Sí, pequeña.

La mujer que me observaba era la que había llegado en el deportivo cuando yo arrojé al matón fuera de la casa.

Era alta, tal vez un metro setenta o más. Tenía una cabellera color negro que parecía poseer vida propia, abriéndose como una campana en los flancos de su rostro.

Los ojos grandes, brillantes y muy negros eran fascinantes como los que se atribuyen a las cobras de competición.

No podía dejar de mirar su rostro. Altos pómulos protuberantes y una nariz, recta y fina sobre la boca sensual, muy grande, de labios rojos y carnosos.

Todo su rostro se agudizaba en la barbilla y le confería el aspecto hierático de una cotizada modelo profesional de paseo por la nieve.

Vestía un conjunto de pantalón y cazadora de ante marrón y llevaba un jersey de cuello volcado verde musgo. Calzaba botas de piel marrones de tacón corto.

—¿Quién eres tú? —preguntó sin moverse, sin ninguna expresión en su rostro extraordinariamente sugestivo.

—Me ha salvado la vida —dijo Anna con una seriedad cinematográfica.

—¡Valerie! —gritó Rupert Joliot desde la escalinata de la casa, y su voz era imperativa.

—Bien, parece que tú eres Valerie —dije sonriendo.

Se permitió una sonrisa y algo comenzó a desintegrarse en mi pecho.

—¡Venid aquí! —repitió Joliot.

—Vamos, todavía te debo un tazón de café, ¿recuerdas? —

bromeó Anna.

Valerie pareció ver por primera vez el brazo en cabestrillo y la mano vendada de su hermana.

—¿Te has lastimado? —preguntó visiblemente preocupada, avanzando hacia nosotros y cogiendo el brazo de Anna.

—Sí, y podría haber sido peor.

Olí su perfume y parpadeé.

Comenzamos a caminar hacia la casa. Philip iba delante de nosotros y yo llevaba a cada una de ellas de un brazo.

Nos detuvimos delante de la escalera que ascendía hasta el porche de la casa.

—Gracias —dijo Joliot y me estiró la mano.

Subí la escalera y estreché la mano que me tendía. Era una mano seca, fuerte y cálida. Me gustó enseguida.

—¿Qué os parece si entramos? —propuso Anna.

Atravesamos nuevamente todos aquellos salones monumentales hasta llegar a la biblioteca.

—Anna, ¿no crees que deberías presentarnos a tu amigo y decirnos qué te ha ocurrido en el brazo? —preguntó Valerie.

El rostro de la muchacha se volvió hacia mí con una expresión estupefacta. Se llevó la mano sana a los labios y lanzó una carcajada.

—Pues... para deciros la verdad no sé su nombre —dijo sin dejar de sonreír.

—Mi nombre es Alain —dije.

—Rupert Joliot —dijo Joliot—, y estas son mis hijas; Valerie es la mayor.

Estiré un brazo hacia Valerie y ella estrechó mi mano. El apretón tenía las mismas cualidades que el de su padre y también me gustó.

—Sentémonos, tomemos un café y una copa y hablemos —dijo Joliot mirando a Philip.

El mayordomo desapareció sigilosamente.

Tomamos asiento junto a un delicioso fuego y Anna relató su parte de la odisea. Yo miraba a Valerie y percibí en ella una expresión de interés por mí persona. Calculé que debía tener unos veintisiete o veintiocho años y que estaba procurando recordar. Por primera vez desde mi retiro de las pistas de esquí no me molestó que estuviesen a punto de reconocerme.

—No sé cómo agradecerle, señor Alain...

Joliot dejó la frase sin terminar.

—Alain Navratille —dije—. Y no me llame señor; todavía presumo de tener un espíritu joven.

—¡Claro que sí! —exclamó Valerie—. Tú eres el Loco Navra.

Incliné la cabeza y me quité las gafas amarillas.

—Lo era —dije gravemente.

La expresión de Anna se convirtió en una mueca de inagotable estupefacción.

—Tú... —dijo y se echó sobre mí para abrazarme con fuerza—. Eras mi ídolo.

La aparté con suavidad y besé su frente.

—¿Quién era el tipo que echaste? —preguntó Valerie.

Joliot se puso de pie. Iba envuelto en una *robe-de-chambre* que hacía juego con los pantalones y la camisa de cuello abierto.

—Vino a proponerme un negocio —dijo.

—¿Qué clase de negocio? —insistió Valerie.

Philip entró con una cafetera, tazas de porcelana y una expresión hermética. Dejó todo sobre una mesilla y se retiró rápidamente.

Valerie sirvió el café.

—¿Una copa? —ofreció.

—No gracias —dije.

—¿Por qué no? —insistió Joliot—. Yo mismo lo acompañaré. Ha sido una mañana agitada de modo que puedo romper mis normas.

Valerie sirvió tres *whiskies* y me entregó uno.

Joliot bebió un sorbo y se inclinó hacia mí, los codos apoyados en las rodillas y sus manos de dedos finos y nerviosos sosteniendo la copa. Miró el *whisky* durante algunos segundos y luego habló:

—Dijo que era un intermediario, que tenían un excelente candidato para la selección final del equipo francés de esquí y que tú no intervendrías. Yo no entendía a qué se refería. Sonrió y me explicó que tú, Anna, no estarías en condiciones de intervenir en la prueba, la última prueba de selección.

Anna se miró la mano vendada y suspiró con tristeza. Yo pasé un brazo sobre sus hombros.

—¿Qué deseaba? —preguntó Valerie.

—Que nuestra firma auspiciara a un determinado esquiador.

—¿Quién?

—No lo dijo.

—Continúe —pedí.

—Bien, insistí en que estaba loco y que se marchara de mi casa. Dijo que Anna no participaría, que ya se habían encargado de ello y que no estaba tratando con aficionados.

Yo estaba de acuerdo en eso.

—Pero… ¿por qué? —preguntó Anna.

—Por dinero —dije y recordé como en un relámpago mi decisión de abandonar el esquí y las circunstancias que la rodearon.

—Pero… ¿por qué me eligieron a mí? —insistió Anna.

—Porque tu padre tiene dinero y ellos no desean perder el tiempo. Escucha, chiquilla… eligen una víctima y golpean. En tu caso se limitan a romperte la mano, pero podrían haberte quebrado las rótulas y entonces… adiós para siempre a las pistas, ¿comprendes? Luego entrevistan al propietario del dinero y le dicen que debe pagar. Normalmente operan en base al terror.

Joliot bajó la cabeza.

—No les interesa en absoluto la vida de nadie, solo los beneficios. Constituyen una variante moderna de los viejos *gangsters* ocupados en las apuestas clandestinas, en la protección de comercios, en el chantaje institucionalizado.

—No podemos ceder —dijo Valerie.

Anna miró a su hermana y estuvo a punto de decir algo.

—Bien —dije yo acabando mi copa—, he de marcharme.

—No, de ninguna manera; es usted mi invitado —intervino Joliot.

—Lo siento; pero no puedo quedarme, tengo un compromiso.

—¿Un compromiso vital? —dijo Valerie.

Tenía que largarme de allí o aquella mujer me obligaría a abandonar mi refugio, el costoso aislamiento que había construido durante largos años de sacrificios y dedicación.

Tenía miedo de ella. Si había algo, o alguien, que podía obligarme a abandonar mi cabaña y mi pintura, ese alguien era una mujer y tenía mis dudas acerca de que existiera una mujer con más posibilidades de éxito que Valerie Joliot, aunque no la conocía en absoluto.

—¿Puedo hacer algo por usted? —preguntó Joliot.

—No, gracias.
—Insisto, Alain.
—No, de verdad —repliqué.
—Ahora eres pintor, ¿no es verdad? —dijo Valerie.
—Sí, de eso vivo.
—¿Tienes una cita para vender tus cuadros?
—En efecto.
—Yo quiero comprarlos —dijo Valerie con firmeza.
—Excelente —repliqué—. Puedes ponerte en contacto con George Isaac. Él se encarga de todo.
Vi la decepción en su rostro, pero no se amilanó.
—Quiero comprártelos a ti.
—No puedo hacer eso, Valerie. Issac es mi *marchand*.
—Iré a verlo.
—Bien, entonces me marcho. Anna recuerda las píldoras y cuídate, cuídate mucho.
Me volví hacia Joliot.
—Le aconsejo que avise a la policía, señor Joliot. Ese tipo era un profesional, y los dos que atacaron a Anna también lo eran. No hay nada que usted pueda hacer por sí solo, como no sea aceptar sus propuestas.
—¿Por qué no se queda y me ayuda a resolver el problema?
Detecté una cierta aprensión en su voz, pero yo tenía mi vida organizada y no deseaba comenzar de nuevo a las andadas.
—Lo siento. Ya tuve mi cuota de violencia, señor Joliot.
—Sí, lo comprendo.
—Tiene miedo —dijo Valerie.
—¡Valerie! —la reconvino Joliot.
La bellísima muchacha sonrió y movió la cabeza de uno a otro lado.
—No me refiero al miedo normal, al miedo de enfrentarse con un peligro físico, no. Me refiero al miedo que algunas personas sienten por enfrentarse consigo mismas.
Se puso de pie, me dedicó una fría sonrisa y se dirigió a la puerta de la biblioteca.
Salió sin volverse.
—Por favor, discúlpela, Alain. Es muy impulsiva.
—Está bien, no me afecta en absoluto —mentí—. Estoy

acostumbrado a las frases agresivas.

Anna me besó en las mejillas cuando abandoné la casa.

Me puse los esquíes y me deslicé por el sendero que conducía al portón de entrada. A mitad de camino me volví.

En una de las ventanas del piso superior creí divisar el rostro de una mujer. No pude descifrar sus facciones, pero estaba seguro de que se trataba de Valerie.

La saludé con mi brazo en alto, traspuse el portón y me dirigí a la clínica.

CAPÍTULO IV

Jean Sèvres se había marchado, de modo que decidí hacer una visita a George Isaac.

Dejé mi equipo en la clínica y fui andando hasta el centro neurálgico de la población. George Isaac tenía una tienda de regalos y en un salón posterior solía organizar exposiciones pictóricas que tenían gran repercusión cuando la temporada de esquí contaba con adinerados exponentes del *jet-set* internacional.

Lo encontré limpiando un viejo catalejo de corsario.

—Salud, George.

—¡Muchacho, por fin te decides! —gritó con su voz de barítono y se puso de pie para estrechar mi mano.

Era un tipo bajo, rechoncho, de rostro aniñado y una expresión invariablemente afable que le producía buenos resultados en su negocio.

Él y yo éramos amigos desde hacía muchos años y siempre había alentado mi afición por la pintura. Cuando por fin decidí abandonar el esquí profesional comprendí que mis ahorros no durarían demasiado tiempo, de modo que fui a verlo y él se ofreció a colocar mis pinturas. Desde entonces vivo del producto de mis pinceles con un éxito respetable.

—¿Qué me traes esta vez?

—Paisajes alpinos, como siempre —repliqué.

Extendió las telas y las observó largo tiempo alzando el rostro para mirar a través del pequeño círculo inferior de sus gafas bifocales.

—¿Qué, estoy aprobado?

—Son muy buenas, las venderé con rapidez. Tengo algún dinero para ti, chico. He vendido tu última remesa a un potentado parisino.

—¿Cuánto?

—Seis mil dólares.

—Estupendo —dije.

—¿Almuerzas conmigo?

—No, gracias, he de hacer algo todavía y quiero largarme antes de la noche —mentí; si iba a cenar con Sèvres y Magda no podría regresar a mí cubículo hasta el día siguiente.

—Bien, te extenderé un talón y podrás cobrarlo ahora mismo.

—De acuerdo.

* * *

Salí del banco con el dinero suficiente para pagar mis víveres para una larga temporada. Confiaba en no tener que bajar al pueblo hasta finales del invierno.

Iluso de mí.

No podía dejar de pensar en Valerie y tampoco podía olvidar a aquella banda de alimañas.

Entré en el supermercado y entregué una lista completa de lo que necesitaba al empleado, compré un par de tejanos, botas de nieve y un par de camisas que me hacían falta y salí a la calle.

Fue solo una intuición, pero me salvó la vida.

El automóvil derrapó sobre la nieve sucia y se me echó encima. Salté hacia el coche y aproveché la inercia del vehículo para dar un paso inseguro sobre el capó, rodar sobre el techo y caer arrodillado sobre la nieve una vez que hubo pasado.

Me puse de pie inmediatamente y me volví. El coche desaparecía dando bandazos en el extremo de la calle. Un grupo de personas se acercó hasta donde yo estaba y se interesó por mí.

—Estoy bien —dije, mirando el sitio por dónde había desaparecido el coche—. Ha sido un accidente.

Anduve presuroso hasta el bar más próximo y busqué una mesa apartada. Me senté dando la espalda a la pared y pedí un bocadillo de jamón y café.

Todavía no me habían servido cuando Valerie Joliot entró en la cafetería. Vestía como aquella mañana, solo que ahora llevaba la cazadora de ante abierta y había cambiado el jersey verde musgo por una blusa a cuadros amarillos y verdes abierta hasta el nacimiento de sus senos.

Sonrió y se acercó directamente hacia mí.

—Hola —dijo—. ¿Esperas a alguien?

—No. ¿Quieres sentarte?

Se sentó, se quitó la cazadora, pasó sus dedos por la melena oscura y luego apoyó los antebrazos en la mesa. Todo sin dejar de mirarme. En el fondo de sus pupilas negras brillaba una luz grande y devoradora.

—¿En qué piensas?

—En que no eres una mujer, eres un festival —dije como un idiota, pero era absolutamente cierto.

—Me gustas. Creo que eres un tipo con agallas para defenderte del mundo.

—Hace un momento no opinabas lo mismo, ¿no es así?

—Quiero decir que hay algo que te obsesiona. Conozco tu caso.

—Olvídalo.

—No lo haré. Necesito que nos ayudes y voy a intentarlo como sea.

Sonreí mientras sorbía el café. El camarero se acercó a nuestra mesa y se quedó mirándonos.

—Tomaré un bocadillo y una cerveza negra —dijo Valerie.

—Otro café, por favor —agregué yo.

El camarero se retiró.

—¿Habéis avisado a la policía?

—No, no podemos hacerlo.

—¿Por qué no?

—¿Tienes idea de cómo funciona aquí la policía? Te lo diré. Son cuatro o cinco señores que rondan los sesenta años, verdaderos supervivientes de la vieja escuela, ocupados en mantener las calles limpias y el tránsito en orden. Jamás se han enfrentado con profesionales.

—Pueden pedir refuerzos —dije.

—Tal vez, pero entonces nos veremos envueltos en una cuestión publicitaria que no es conveniente para la firma de mi padre, ni para la carrera de Anna, ni para mí...

—¿Por qué no es conveniente para ti?

—No me gusta pelear con desventaja. Si han podido coger a Anna y romperle una mano están en condiciones de liquidarla, a ella o a mí, ¿no crees?

—Sí, pueden hacerlo.

—Bien, entonces prefiero luchar por mí misma.

—¿De qué modo?

—Buscándolos a ellos y obligándoles a que monten el negocio en otro sitio.

No pude menos que sonreír. Aquella muchacha de aspecto decidido y ojos de ninfa salvaje pensaba que podría enfrentarse a una banda de matones ávidos de dinero con solo proponérselo.

—No cuentes conmigo, preciosa.

—Te pagaré.

—No necesito dinero.

—Todo el mundo necesita dinero.

—Yo decido cómo ganarlo, Valerie.

—Puedes llamarme Val. Es como me llaman mis amigos.

—¿Seremos amigos a pesar de que no tenga intención de ayudarte?

—Me ayudarás —dijo.

Había una gravedad especial en su voz y estaba a punto de replicar cuando el camarero depositó el pedido entre los dos.

—Acaban de intentar matarme —dije mientras ella mordía su bocadillo.

—¿A ti?

Percibí el desasosiego que expresaba su rostro. Estaba preocupada por mí. Confieso que me gustó lo que percibía.

—Soy un estorbo.

—Eso quiere decir que ya estás dentro.

—No, no lo estoy. Mañana por la mañana me largo de aquí. De hecho, solo he venido porque me había quedado sin víveres. Si pudiese llenar la alacena con un solo viaje no bajaría al pueblo más que un par de veces al año.

Me miró con picardía.

—¿Puedes prescindir de todo?

—Me esfuerzo —sonreí—. Me esfuerzo mucho.

Recorrió mi cuerpo con ojos voraces.

—Voy a proponerte algo.

—Adelante —invité.

—Tengo un helicóptero. Lo cargaremos con todas las vituallas que necesites y te llevaré hasta tu cueva de anacoreta.

—¿A cambio de qué?

—De nada. Solo por devolverte el favor, los dos favores, haber

defendido a mí hermana y a mí padre. ¿Qué dices?

Sabía que había algo más detrás de su proposición, pero ya estaba suficientemente atrapado por su belleza y su fascinante magnetismo como para rechazar la oferta.

—De acuerdo.

—¿Cuándo partimos? —preguntó.

—¿Qué te parece esta misma noche?

—Lo que tú digas. ¿Puedo invitarte a cenar?

La miré como si estuviese frente a un pelotón de agentes de seguro. Valerie parecía una perra de presa y yo no estaba muy seguro de querer escapar.

—Estoy invitado a cenar en casa de un viejo amigo, pero si lo deseas puedes acompañarme. ¿Qué me dices?

Consultó su reloj frunciendo el ceño en una mueca de exagerada reflexión. Luego sonrió.

—Por supuesto que iré. Son las tres de la tarde. Si hemos de preparar el vuelo será mejor que nos demos prisa.

Pagué la consumición y salimos del bar.

Valerie se colgó de mi brazo y sentí su calor contra mi flanco.

—Me ha gustado —dijo entonces.

—¿Qué cosa?

—Que no soy una mujer sino un festival.

Me incliné para besarla en los labios. Suelo cometer esas imprudencias. Ella devolvió el beso y sonrió como una colegiala. Creo que entonces comencé a amarla.

* * *

Tuve que ir al banco a por más dinero y pagar las provisiones de varios meses. Valerie dispuso que una furgoneta llevara todo hasta el helicóptero que su padre había hecho construir en los fondos de la finca. Estaría todo dispuesto para cuando fuéramos en busca de la nave.

Era una muchacha de decisiones rápidas.

Cuando llegamos a la casa de Jean Sèvres eran poco más de las seis y treinta de la tarde. El sol caía dignamente sobre una ondulada estepa de nieve y las maravillosas construcciones de madera y piedra comenzaban a asumir esa identidad de cuento infantil que

caracteriza a los pueblecitos montañeses durante el invierno.

Los turistas corrían de uno a otro sitio, programando sus aventuras nocturnas con sabor a vino caliente y pocas exigencias.

Varios años atrás ese había sido también mi universo, competencias durante el día y pieles generosas durante la noche. Una etapa que a la luz de lo que ocurrió más tarde parecía distar mil años de mi vida actual.

* * *

Magda Sèvres abrió la puerta. Era bonita, diminuta y alegre como una burbuja.

—¡Alain, cariño! —gritó como María Callas en sus mejores épocas y saltó sobre mí.

La abracé con fuerza.

—Magda, estás gorda y fea, pero siempre serás mi primer amor.

Magda miró a Valerie y le guiñó un ojo.

—Te daré un consejo antes de saber quién eres para que luego no digas que he sido parcial. Este caballero es un excelente compañero temporal, pero luego recae en sus sentimientos de culpa y se larga a la montaña. De modo que tienes dos alternativas muy sencillas si de verdad te interesa, o te casas con él enseguida o lo olvidas tan pronto como hayamos terminado de cenar. ¿Me has comprendido?

Valerie reía encantada.

Entramos al salón donde Jean, vestido como un gaucho de las pampas estaba entretenido asando unas chuletas en las brasas de la chimenea.

Se dio la vuelta, miró a Valerie y cerró los ojos con fuerza.

—Magda —dijo—, algo debe haberme caído mal, acabo de ver a la mujer demonio.

Sonrió, se puso de pie y se acercó a nosotros. Me ignoró por completo, abrazó a Valerie y dijo con su voz de artista de *vaudeville*:

—Si no estuviera enamorado de mi mujer sería capaz de hacerme el harakiri con una galletita solo por dejarte un recuerdo imborrable.

* * *

La cena transcurrió alegremente. Todos nos sentíamos como si hubiésemos nacido en el mismo vientre amigo.

Finalmente, me puse de pie y miré a Valerie.

—Tenemos que marcharnos —dije.

—Lo suponía, tienes el culo inquieto —bromeó Jean y luego agregó con seriedad—: Lo de esta mañana y el intento de asesinato de esta tarde no son hechos aislados, Alain. Volverán a intentarlo. Si no impones sus condiciones en el primer intento de chantaje nadie los respetará. Creo que debes tener mucho cuidado.

—Lo tendré.

—Puedes contar conmigo cuando sea necesario.

—Lo sé, Jean. Gracias.

Nos despedimos y caminamos por las calles desiertas hacia la casa de Valerie.

La llevaba abrazada y a cada paso procurábamos que nuestros cuerpos se ajustaran como piezas perfectas de una relación que comenzaba a enardecernos.

Tal vez por esa razón, porque hacía demasiado tiempo que no me sentía verdaderamente inquieto por una mujer, al borde de un sentimiento que había decidido olvidar, tal vez por eso no vi a los tres tipos que nos seguían hasta que ya fue demasiado tarde.

Nos alcanzaron cuando estábamos a mitad de camino entre las últimas casas del poblado y el alto muro de la finca de los Joliot.

Nos rodearon sin apresuramiento, conscientes de que sabían lo que hacían y yo corroboré mi impresión de que se trataba de verdaderos profesionales.

—¿Qué es lo que estáis buscando? —pregunté.

—Tenemos que aclarar un par de puntos contigo, pichón —dijo un rubio cuadrado y de gafas oscuras.

—Te escucho.

Procuraba no perderlos de vista, pero tenía la convicción de que no podría con los tres. Aunque no estuviesen armados, jamás lograría ponerlos fuera de combate. Y además, Valerie estaba conmigo.

—Seré breve —dijo el rubio cuadrado—. La idea es que tú dejes de entrometerte en lo que no te concierne. Tú tienes tu vida y nosotros nuestro negocio. Procura que las dos cosas no se crucen. ¿Imaginas por qué?

—Tengo una ligera idea.

—Bien.

—¿Es todo? —pregunté.

Sentía a Valerie pegada a mí, firme como una roca, no parecía atemorizada.

—Sabemos quién eres. Tu nombre representó mucho en su época, pero luego cometiste un error. Procura que no vuelva a ocurrir.

La sangre comenzó a hervir en mis venas. Recordé y la memoria me hizo mal. Pero el tipo tenía razón, no podía volver a equivocarme.

—Sois unos cerdos —dijo entonces Valerie, inesperadamente.

El tipo dio un paso y yo no pude contenerme. Le hundí el pie en el plexo solar y sentí cómo el golpe alcanzaba al nudo nervioso en la base del esternón y el tipo se desmoronaba.

Los otros dos avanzaron cautelosos pero decididos.

—Ya está bien, perros —dijo Valerie.

En su mano tenía una pistola plateada y sonreía con satisfacción.

—Deja el juguete, muñeca —dijo uno de los tipos.

—Dame una sola oportunidad, alimaña. Una sola y te prometo que jamás podrás olvidarme —replicó Valerie con una serenidad que me puso los cabellos de punta.

Los tipos se miraron, levantaron al compañero inconsciente y dieron media vuelta.

—Vosotros lo habéis querido —dijo el que todavía no había hablado.

Los miramos alejarse durante algunos minutos y luego emprendimos la marcha.

—Eres una muchacha llena de sorpresas —dije—. ¿Hubieras disparado si no se detenía?

—¿Tú qué crees, pichón? —bromeó, apuntó la pistola a mí rostro y apretó el gatillo.

Sentí un chasquido y cerré automáticamente los ojos. Cuando los abría Valerie sonreía encantada.

Del cañón de la pistolita había salido un banderín en el que se leía: Nunca confíe en un extraño.

La miré mientras devolvía el banderín al cañón de la pistola.

La atraje contra mi pecho y besé sus cabellos húmedos.

—Eres increíble, y me gustas.

—Entonces bésame.

Fue un beso largo y profundo. Llegó hasta el fondo de su alma y allí escribió un par de poemas, luego regresó a los labios y jugó largamente en ellos.

—El tiempo está empeorando —dije.

—Sí, hemos de darnos prisa.

Cuando llegamos al helicóptero comenzaba a nevar.

CAPÍTULO V

El helicóptero comenzó a ascender y sentí la vibración de los motores en todo el cuerpo. Valerie llevaba un casco y auriculares y parecía atenta solamente a las evoluciones del aparato que volaba con lentitud buscando la dirección de mi cabaña en medio de una tormenta que había estado alimentándose durante varios días.

La noche se había cerrado por completo y una vez que salimos del pueblo iluminado solo se discernían, en la distancia, las líneas de altas farolas de sodio que serpenteaban entre los pinos y se esfumaban definitivamente cuando las montañas se erigían en blancos y helados obstáculos.

Jamás había subido a un helicóptero y confieso que la sensación que experimentaba era la de hallarme firmemente amarrado a una coctelera arrojada en medio de un huracán.

Valerie me sonrió y yo no pude sino devolverle una mueca nerviosa. Jamás podré acostumbrarme a las situaciones en las que no tengo ninguna injerencia. Y en aquel momento no tenía ningún control sobre el pequeño helicóptero.

—Tranquilízate, sé cómo domar el potro —rio ella sobre el ruido estruendoso de los rotores.

Miré hacia abajo y vi los pinos contra la nieve, iluminados caprichosamente por el reflector ventral del helicóptero como si fuesen una cuadrilla de espectros de regreso de una misión sangrienta.

El viento batía las altas copas aguzadas y el lamento se unía a los motores como para que yo comprendiera que aquel día que todavía no había terminado había tenido más acción que toda la que viviera en los últimos cuatro años.

* * *

Mi cabaña está emplazada a unos treinta y cinco kilómetros del centro de esquí y el vuelo no fue demasiado prolongado. El

helicóptero se posó suavemente en la nieve recién acumulada, en la parte trasera de mi cabaña, protegido del viento por la caseta del grupo electrógeno y los garajes. En verano y primavera, e incluso durante algunas semanas del otoño era posible llegar hasta allí por senderos de ripio y pedregullo.

La ayudé a amarrar la pequeña nave con estacas de aluminio y cuerdas de nilón y durante una buena media hora estuvimos llevando las provisiones desde el helicóptero a la cabaña.

Por fin todo estuvo dispuesto y Valerie se ocupó de servir copas mientras yo alimentaba el fuego de la chimenea.

—Necesito ducharme —dijo Valerie entregándome la copa de *whisky*.

—Te prepararé el cuarto de baño —repliqué y fui hasta la puerta de mi dormitorio.

Me detuve para echarle una mirada y luego dispuse todo para que se sintiera cómoda en mi rústico cuarto de aseo.

—Su cámara está dispuesta, princesa —dije cuando regresé al salón.

Valerie miraba las llamas como si nada más le preocupara. Estaba sentada sobre la alfombra blanca, con las piernas recogidas y el vaso en su mano izquierda. Había quitado el chispero y dejaba que el resplandor del fuego pintara caprichosamente los magníficos rasgos de su rostro.

Era todo lo que me había faltado durante aquellos cuatro años de exilio voluntario, de retiro terapéutico.

Se puso de pie y pasó a mí lado deslizándose como una bailarina. Me clavó sus pupilas ardientes y acarició ligeramente mi mejilla.

La puerta del baño se cerró tras ella.

* * *

Cuando reapareció, vestida con una falda de lana a cuadros y una blusa a tono yo me había duchado rápidamente en el pequeño baño del único cuarto enorme de la planta alta, una especie de bohardilla amplia y cálida donde había instalado mi estudio de pintor, por encargo, de paisajes alpinos.

Ella iba descalza y volvió a sentarse frente al fuego.

Algo le ocurría. Era como si estuviésemos en el fin del mundo y ninguno de los dos se atreviera a mencionarlo.

—¿Te ocurre algo? —pregunté.

—Sí.

—¿Qué es?

—Tu vida, me interesa tu vida.

Volví a servir las copas. Fui hasta la ventana y miré la tormenta. Cuando regresé junto al fuego y le entregué su bebida supe que había llegado el momento de hablar.

—¿Qué deseas saber?

—Sé que dejaste de esquiar profesionalmente cuando estabas en la cúspide y sé también que en esa decisión influyó una muerte y una cuestión de drogas. Es lo que siempre han dicho los periódicos.

—Sí, en una época leía todo lo que se publicaba sobre mi caso. El caso del Loco Navra.

—Lo siento, yo...

—No te preocupes, era feliz cuando era el Loco Navra.

—Desapareciste entonces, antes de que la afición pudiese hacerse una idea sobre ti.

La miré con auténtico cariño. Aquella mujer me había impresionado. Estaba en mi refugio y habíamos vivido algunas aventuras juntos a pesar de que solo nos conocíamos desde hacía menos de doce horas.

—Te has quedado silencioso, Alain.

—Te diré algo, muchacha. Si hay una persona que me aliente para que cuente mi historia, esa persona eres tú.

Se inclinó hacia mí. Sus cabellos renegridos cayeron sobre su rostro y sus pupilas profundas, vivas y negras me miraron hasta que cerró los párpados y sus labios se apretaron a los míos.

Cuando se separó estaba agitada y yo parecía el dios Odín saltando sobre los fiordos.

—Es cierto —dije, decidido a pasear por mí memoria—. En aquella época yo estaba en la cumbre.

Y sonreí.

CAPÍTULO VI

Me ajusté el casco y miré la pendiente. Olvidé a los cientos de aficionados y esquiadores que aguardaban al pie tras las cuerdas de seguridad con la mirada fija en el insecto en tecnicolor que se arrojaría como un bólido por la ladera nevada.

Respiré hondo un par de veces y salté.

Sentí el vértigo, la obsesión por una mayor velocidad, el desafío, el verdadero culpable de mis locuras... el desafío. Vivía desafiándome como si deseara competir con un fantasma irónico que iba un par de metros por delante de mí.

Llevaba las rodillas flexionadas, pies y esquíes paralelos y distanciados, los codos recogidos casi apoyados en las rodillas y los bastones debajo de los brazos. Mi torso era casi paralelo a los esquíes y miraba hacia el frente levantando la cabeza.

Es una posición aerodinámica que algunos llaman «huevo», una denominación que no se adecúa al excelente aspecto que posee la figura de un esquiador lanzado en esa posición en pos de una velocidad de vértigo.

Supe que jamás había bajado a tanta velocidad y solo me preocupaba por aumentarla, controlando automáticamente la señalización de la pista.

Llegué al pie, decepcionado. Como siempre. Me hubiese gustado continuar hasta el infinito de aquel modo, a más y más velocidad, dejando atrás la pompa, la ovación y el dinero que había de por medio.

Pero llegué al pie y derrapé durante varios metros antes de detenerme. La pantalla marcó la velocidad. Ochenta y siete kilómetros por hora.

Irena corrió hacia mí y me abrazó.

Era hermosa, rubia y diminuta. Parecía una muñeca magnífica y vital de formas perturbadoras y sugestivas.

—Bien hecho, marido —dijo a mí oído.

—¿Quieres que pierda mi contrato? —sonreí.

—La ovación no permite que nos oigan, marido —repitió.

Mi contrato con la compañía que financiaba mis periplos profesionales estipulaban que no debía casarme, pero Irena y yo lo habíamos hecho en secreto y éramos felices como niños ingenuos jugando al misterio, al doble rostro de espías de nosotros mismos y jugando a amantes fervientes y a escondidas.

—Vete —le dije—. Te esperaré en el refugio.

* * *

Los dos tipos estaban junto a Irena y ella no parecía muy cómoda. El refugio, como siempre, parecía albergar el triple de personas que permitía su capacidad máxima.

Me abrí paso hasta Irena, la abracé y miré a los dos tipos. Todos tienen el mismo aspecto rudo y ceremonioso. Son de esa calaña que puede sonreír al mismo tiempo que te perfora el páncreas con una aguja de tricotar.

—Hola, campeón —dijo uno de ellos, alto y musculoso, con un prognatismo prehistórico y una barba que debía ser rasurada dos veces al día.

—¿Te conozco?

—Hemos venido a proponerte un pequeño negocio —dijo el otro —. Mi nombre es Wallis y mi socio se llama Warren.

—¿Qué tipo de negocio? —pregunté.

—Vámonos, Alain —pidió Irena.

—Señorita, ¿por qué no va a beber algo de nuestra cuenta?

Toda la vida había sido un tipo de reacciones violentas y rápidas. Según mi madre ese rasgo de mi carácter lo había heredado de mi padre y, siempre según sus apreciaciones, jamás conducía a nada bueno.

Cogí los dedos del tal Wallis y los doblé hacia atrás.

—No hay tratas de blancas en Noruega, señor Wallis —dije con una sonrisa mientras el rostro se le descomponía de dolor.

El dueño del prognatismo dio un paso hacia mí.

Una mano fuerte y decidida lo cogió por el hombro y lo detuvo.

—¿Una reunión de amigos? —preguntó Jean Sèvres, sonriendo como un ángel.

—Su amigo se ha puesto nervioso —dijo Warren.

Yo solté los dedos de su socio y abracé a Irena.

—No me interesan vuestros negocios —dije.

—Pues sería conveniente que cambiara de idea, muchacho —comenzó Warren.

De los dos, era el cerebral.

—¿Sabe, campeón? Estas competencias implican mucho dinero y no todo es deporte limpio.

—Fuera —dijo Jean.

Wallis lo miró con total desprecio.

—Dejadme solo con estos señores, por favor —dije yo.

Irena hizo una mueca de disgusto, pero se avino a marcharse con Sèvres.

—Tenéis cinco minutos, ni uno más.

—Queremos que te jubiles, campeón. Ya has tenido muchos años de éxitos y es hora que abras camino a los chicos que vienen detrás. Mañana debes perder la prueba de fondo, eso es todo. A cambio te embolsarás una interesante suma y la comprensión de tus admiradores. Al fin y al cabo ya tienes más de treinta, ¿no es así?

—¿Por qué he de hacerlo?

—Queremos el auspicio de tu firma y tenemos al muchacho indicado. Es bueno, muy bueno.

—Bien, si es bueno podrá ganarme —sonreí burlón.

—No, no nos entiendes, campeón. Tú tienes que retirarte dignamente; al menos esa es la oportunidad que te ofrecemos.

—¿Y si no lo acepto?

—Lo harás igual, te retirarás, solo que de un modo doloroso y definitivo.

Miré mi reloj.

—Ya han pasado los cinco minutos.

—Piénsalo bien, campeón —dijo Wallis y detecté en el tono de su voz una absoluta ausencia de sentimientos.

Les di la espalda y me dirigí a la mesa donde me aguardaban Irena y Jean.

—¿Todo en orden? —preguntó mi amigo.

—Todo en orden —mentí.

Besé a Irena en los labios y la obligué a ponerse de pie.

—¿Qué te propones?

Tenía una boca preciosa, una voz de pantera en celo y una

sonrisa que podría alimentarme hasta el fin de mis días.

No le dije nada de eso, en cambio me la llevé de allí.

Entramos a mí habitación del hotel eludiendo al entrenador del equipo francés.

—No enciendas la luz —dijo ella—. Por favor...

Me encantaban sus pequeños gestos púdicos.

Escuché cómo se sentaba en la cama y estaba quitándome el anorak cuando escuché su grito.

Me precipité hacia la cama y la cogí de un hombro para abrazarla mientras buscaba la perilla de la luz en la mesilla de noche.

Encendí la luz y no pude reprimir una sensación de horror, de nauseabundo horror.

Sobre la cama, todavía ensangrentada, había una cabeza de conejo recién degollado.

—¿Qué...? —preguntó Irena procurando mirar lo que sus dedos habían tocado en la oscuridad.

—No mires —dije—. Se trata solamente de una broma de muy mal gusto.

La saqué de la habitación y la dejé en su cuarto. Tardé una hora en hacer desaparecer el trofeo ensangrentado, limpiar la sangre y recordar la historia que había leído hacía un par de años.

Un esquiador muy bueno y al que yo conocía bastante había recibido algo semejante el día anterior a su muerte. La policía nunca había hallado ninguna relación entre esa broma estúpida y la muerte del esquiador. Pero luego el procedimiento se repitió en dos ocasiones y comenzó a hablarse de una mafia blanca que operaba en las pistas de esquí obteniendo beneficios de las casas que auspiciaban a los mejores esquiadores e incluso de algún que otro club que tenía demasiada ambición porque sus esquiadores alcanzaran el éxito.

El dinero, siempre el dinero. El dinero de las prendas que lleva el esquiador, botas y buzos y jerséis y gafas y cascos y guantes y esquíes y... mil aditamentos que florecen como hongos después de la tormenta y que rodean el deporte blanco. Había algunas organizaciones que decidían manejar ese dinero disponible y lo hacían con métodos definitivos.

La cabeza degollada de un conejo era una especie de credencial.

Jamás los habían cazado aunque se hablaba de una mafia blanca en todos los periódicos especializados en el esquí y en algunos otros más. Se suponía incluso que había grandes financieros detrás del tinglado; financieros y políticos. Como ocurre siempre: el dinero y el poder de la mano de la falta de escrúpulos.

Pensé en llamar a la policía y deseché la idea.

Era joven y estaba acostumbrado a batallar contra todos los obstáculos desde que no era más que un niño fascinado por el deporte del esquí.

—A la mierda con ellos —dije en voz alta.

Había decidido ganar la competición de fondo. Cincuenta kilómetros por las nevadas planicies de Noruega y luego, si la suerte me acompañaba, al año siguiente intentaría emular la hazaña que Fridtjof Nansen realizó en 1888: cruzar el polo en esquí. El sueño de mi vida.

Como siempre, los esquiadores eran muchos. Y, también como siempre, ya estaba absorto en la prueba. Para mí el esquí siempre había sido un modo de encontrarme conmigo mismo, de ahondar en mis propias capacidades, de descubrir el fondo de mis reservas, de conocerme. No presté atención a nadie, miraba fijamente la planicie nevada señalizada con puertas embanderilladas para indicar el recorrido de dieciocho kilómetros y luego, en el último tramo, el salto final.

Estiré los brazos y clavé los bastones, levanté primero uno y luego el otro esquí y sentí la flexibilidad de mis músculos y comprobé que no tenía los pies entumecidos.

Busqué a Irena con la mirada. Siempre vestía un anorak amarillo rabioso y procuraba situarse en un sitio donde me fuese sencillo encontrarla.

Era un día limpio y sereno; sin embargo sentí una aprensión desconocida hasta entonces y busqué afanosamente la pequeña silueta de Irena.

La encontré junto a la de Jean Sèvres. Jean no iba a disputar aquella prueba, casi había decidido abandonar el esquí de la mano de una ninfa que hacía bastante tiempo que lo tenía atrapado, y además, ya había obtenido su título de doctor en medicina.

Volví a coger mis bastones y ajusté el casco.

Casi adiviné la orden de largada y salté hacia adelante. La suave

pendiente tenía unos tres kilómetros y luego se continuaba en una estepa irregular, en la que los *bosses*, esos montículos de nieve que hacen las delicias del esquiador, crecían como hormigueros de extrañas especies.

Mis piernas parecían obrar con una iniciativa propia y se flexionaban al trepar al montículo para volver a tensarse luego y buscar una velocidad siempre en aumento.

Creí descubrir, un poco a mí derecha, junto a un bosquecillo raquítico, la presencia de un observador y me extrañó. No era el sitio previsto para los eventuales inspectores de pista. En cualquier caso no era de extrañar que algunos de los fanáticos del deporte blanco se hubiese adelantado para observar el paso de los competidores de fondo desde algún sitio en particular.

El observador llevaba binoculares y el detalle quedó registrado en mi memoria.

Cubrí la distancia de dieciocho kilómetros y me dispuse para el salto final.

Encogí las piernas y mi torso, paralelo a los esquíes, imprimió una mayor velocidad a mí avance. El salto es un modo de olvidar la tierra. De sentir el vértigo de la altura y la velocidad en la propia piel, es volverse pájaro.

Estaba en el final de la prueba de modo que vi a los aficionados y jueces aguardando la llegada de los competidores, y los vi como figuras de juguete, a mis pies, mientras yo los devoraba para caer vertiginosamente y buscar el derrape luego de describir un amplio círculo ante la ovación de todo el mundillo colorido de la competencia.

Busqué a Irena, pero no pude hallarla.

* * *

Aquel día fui el ganador de la prueba de fondo y salto. Obtuve las mejores marcas y me sentía en la cumbre. Una cumbre fría y solitaria porque Irena no había parecido en el hotel.

Jean estuvo a mí lado procurando calmarme, pero los dos sabíamos que aquellos dos tipos de la cabeza de conejo habían tenido algo que ver.

Cuando pude desprenderme de los halagos dispuestos para el

vencedor regresé a mí habitación y aguardé.

A medida que pasaban las horas sentí que el miedo se apoderaba de mi garganta y devoraba todos mis nervios. Jamás había sentido un temor como aquel. Era enfermizo y caliente, era un temor desesperante porque no se ocupaba de mí, sino de algo que me importaba mucho más que mi propia persona, la vida de Irena.

Y entonces sonó el timbre del teléfono.

—¿Campeón?

—Soy Navratille.

—Tenemos a la chica.

—¿Quién es usted?

—Warren. Tuvimos una amena charla ayer. ¿Ya la has olvidado?

—No.

—Estupendo. Mi amigo Wallis está encantado con tu dulce mujercita. ¿Quieres unirte a la fiesta?

El hígado estalló en mi cuerpo y su explosión amarga subió hasta mi boca. Tragué mi propia hiel y procuré que mi voz fuese normal.

Era otro desafío.

—Estás mintiendo, bazofia —dije.

—¿Tú crees?

No, no lo creía, pero tampoco deseaba que ellos supieran que estaba desesperado.

—Quiero hablar con ella.

—O no sé si podrá hacerlo. Mi amigo Wallis es un personaje muy particular y ha estado compartiendo una de sus especialidades con la princesa.

—¿Qué debo hacer?

—Así está mejor, campeón. Pero es demasiado tarde. Todo lo que pudiste haber hecho tendrías que haberlo cumplido ayer, durante la última competición. Sabíamos que eras terco y por ello dejamos el pequeño conejito sobre la cama.

—¿Qué debo hacer?

—Venir a vernos, campeón.

Cada vez que decía campeón sentía que podría haberlo estrangulado. Cada vez que imaginaba a la dulce e ingenua Irena en manos de aquel psicópata de Wallis...

—¿Dónde?

—Oh, no estamos muy lejos. Debes coger el primer tren y acercarte a la ciudad. Yo te estaré aguardando en la estación. Si te das prisa podrás estar en Oslo a las siete y cuarenta y cinco de la mañana.

—Quiero hablar con Irena o no hay trato.

—Haré lo que pueda —rio Warren.

—Alain...

No era su voz, era una especie de ronquido profundo y desconocido.

—¡Irena...! ¿Qué te han hecho?

—¿Alain...?

Otra vez aquel sonido estrangulado, dormido por la droga, porque comprendí que el juego de aquel demente de Wallis debía ser la droga y la muchacha tierna y casi infantil que yo había puesto en sus manos como un imbécil estaba drogada y a muchos kilómetros de distancia.

—No temas, pequeña, por favor, no temas, voy para allá; enseguida estaré contigo... yo...

—Ya la has escuchado, campeón —dijo Warren—. Una sola recomendación más, pequeño. Nada de policías, ¿de acuerdo?

La línea quedó muda y descubrí que había colgado el auricular mucho tiempo después, cuando comprendí que yo continuaba asido a mí propio auricular como si se tratara de un puente que todavía me permitía proteger a la mujer que amaba.

Me vestí con rapidez y fui hasta la habitación de Sèvres. No estaba allí, de modo que corrí hasta la habitación de Magda y golpeé con fuerzas.

—¿Qué diablos...?

—Jean, me largo. Tienen a Irena en Oslo, la han drogado y desean verme. No puedo avisar a la policía, pero tal vez tú...

—Un minuto, aguarda solamente un minuto.

—¿Qué ocurre? —preguntó Magda desde la cama.

—Te llamaré por la mañana Alain está en problemas, duérmete —replicó Jean desde el cuarto de baño.

Un minuto después estábamos juntos en el vestíbulo del hotel.

—Escucha, amigo, será mejor que salgamos separados y cojamos el tren también separados. Yo vigilaré tus pasos y los del matón cuando lleguemos a Oslo. ¿De acuerdo?

—Con cuidado, Jean. Por favor… Ellos te conocen y se trata de Irena.

—Tranquilízate. Sé lo que debo hacer.

—Y luego, cuando sepas dónde están ¿qué harás? ¿Qué haremos? —pregunté.

—Tendremos que improvisar. No hay otra alternativa si tú no quieres que llamemos a la policía.

—No —dije—. Ya sabes lo que ocurrió antes… ellos… —miré a Jean Sèvres sabiendo que no había sido sincero con él ocultándole el episodio del día anterior—. Ellos dejaron en mi habitación la cabeza de un conejo degollado.

* * *

La estación estaba llena de gentes que aguardaban sus enlaces y me encaminé hacia la salida. No me volví para comprobar si Jean estaba detrás de mí.

Atravesé el sector de los andenes y luego el vestíbulo principal en busca de la salida.

Todavía era la noche y yo sentía que tal vez no volvería a amanecer jamás.

Estaba exhausto. No había dormido desde mucho antes de la última competición de fondo y sentía que en la primera ocasión mi cerebro podía desmenuzarse como un turrón. Y, sin embargo, a la vez, sentía una inquietante lucidez y comprendí que Irena y yo estábamos mezclados con una banda de criminales y que yo no había respetado sus sugerencias.

Por primera vez supe, supe verdaderamente que había jugado con la irresponsabilidad de mis aventuras juveniles, había reaccionado como un imbécil inmaduro en vez de comprender desde un principio que se trataba de profesionales dispuestos a todo.

—Por aquí, campeón —dijo una voz a mí lado, ligeramente más atrás.

No me volví, reconocí el tono despectivo, burlón y sarcástico de Warren.

—Quiero verla —dije.

—La verás, no te preocupes, seguro que la verás —rio y me

empujó suavemente hacia un coche igual a otros mil coches, seguramente de alquiler.

Se situó detrás del volante y abrió la portezuela del acompañante para que yo me sentara.

Rogué para que Jean Sèvres encontrara un taxi.

—¿Dónde vamos?

—Ya lo verás, campeón.

Sacó un pitillo y lo encendió. Su prognatismo, visto de perfil, le confería un aspecto brutal y maligno.

Podría haberlo matado con mis propias manos. Wallis era un psicópata, un enfermo, pero Warren era uno de esos tipos fríos, metódicos, previsores y letales como una bomba de tiempo.

Si había alguien del que tenía que deshacerme primero ese alguien era Warren.

Y entonces, mientras avanzábamos por las hermosas calles de la capital noruega comprendí que no me había encapuchado, ni se mostraba interesado en que yo ignorara el sitio al que no dirigíamos.

Había dos explicaciones para esa actitud: o deseaba darme un escarmiento para luego hacerme otra proposición que yo debería aceptar ahora que sabía que estaban dispuestos a todo, o… pensaban liquidarnos.

Esta última posibilidad me pareció absurda, pero no evitó que me sintiera como una criatura indefensa ante la presencia de un espectro asesino.

Luché por no volverme a comprobar si Jean estaba detrás de nosotros.

Era nuestra única posibilidad aunque yo no sabía exactamente qué podría hacer contra aquellos dos tipos, si es que solamente eran dos al final del viaje.

Comenzábamos a alejarnos del centro de Oslo y supuse que el sitio se hallaba en las afueras de la ciudad, pero me equivocaba.

En un momento dado avanzamos por un sitio en el que se alzaban enormes galpones portuarios y Warren torció por una calleja al fondo de la cual se veía un trozo de mar plateado bajo la pálida iluminación del lejano amanecer.

La nieve sucia y reciente que habíamos visto era ahora más limpia por lo que supuse que no pasaba mucha gente por aquel

sitio.

Me estremecí al pensar en Irena llegando sola hasta aquel lugar rodeada por aquellos sucios personajes de pesadilla. Pensé en nuestra vida alegre, deportiva y libre, en nuestro pequeño casamiento secreto y en el futuro brillante que edificábamos cada día.

—Hijos de perra… —dije.

—No, no, campeón. Es necesario que moderes tu lenguaje, ahora estás en nuestro terreno y eres tú el que no ha aceptado el negocio.

Detuvo el coche ante una puerta de madera descascarada de lo que había sido alguna vez una oficina rudimentaria junto a un muelle donde se amarraban los barcos muertos, dispuestos para algún futuro desguace.

Cuando bajé del coche aproveché para mirar con disimulo hacia el extremo del callejón. Allí no había nada ni nadie, solo el viento silbante sobre la nieve impecable, ahora dividida por las huellas de los neumáticos.

Entramos al cuarto. Era sucio y maloliente. Tenía el hedor del pescado podrido y abandonado.

Alguien abrió una segunda puerta y me encontré con la sonrisa de reptil de Wallis.

Salté hacia él, pero Warren me detuvo aferrando con fuerza mis brazos desde atrás.

—Calma, campeón.

Sentí que colocaba un par de esposas en mis muñecas y me inmovilizaba. Luego me empujó dentro de la habitación siguiente.

Irena estaba echada sobre la cama, una cama de hierro oxidado y sábanas mugrientas. Llevaba el mismo atavío que le había visto en la pista antes de iniciarse la competición de fondo. El anorak amarillo estaba en el suelo. Parecía dormida.

Di un paso hacia ella y vi que Wallis no había perdido su tiempo.

Tenía la blusa abierta y sus senos pequeños y perfectos, tibios y nacarados asomaban por el escote.

Me volví hacia Wallis y, sin pensarlo, lo pateé en la entrepierna. Lo cogí desprevenido y lanzó un aullido de dolor antes de desplomarse.

Sentí algo frío en mi cuello y vi la boca de una enorme 45

apoyada en mi piel. El rostro de Warren no decía nada, y aquello fue suficiente para mí.

—Voy a matarlo… —dijo Wallis desde el suelo, incapaz de moverse.

—No, no lo harás —dijo fríamente Warren.

Me sentó sobre una silla y me amarró los pies y los codos impidiéndome todo movimiento, luego extrajo una jeringuilla y la llenó con un líquido incoloro.

No pude resistirme cuando la aguja se clavó en mi brazo izquierdo y buscó la vena.

Comencé a trepar por el aire, subiendo sin esquíes por una pista ascendente y rápida entre muchos rostros sonrientes que miraban algún punto más allá de mí.

Y vi a Irena en el fondo de la pista, hecha un ovillo, como un feto amado y maduro, de párpados cerrados y sueños muertos.

Y entonces sentí que me ponían de pie y me alzaban en el aire, un aire distinto, más pesado y algodonoso

Creo que entonces llamé a Irena, pero no obtuve ninguna respuesta.

* * *

Abrí los ojos y vi una pantalla reflejada en un espejo. Todo era blanco y yo sentía la cabeza despegada del cuerpo y el cuerpo en manos de un torturador que clavaba pequeñas agujas de hielo en mis pies y mis rodillas, en la punta de mis dedos y mis axilas:

Tenía sed.

Estaba en un hospital, pero tuve que preguntarlo.

—¿Dónde estoy?

—En un sitio seguro y bien atendido —dijo el médico.

Se puso de pie y abrió la puerta del cuarto. Vi el rostro de Jean Sèvres y supe que algo terrible había sucedido. Sus facciones de príncipe atildado eran altera una máscara dolorida, mustia y cetrina.

—¿Dónde está Irena?

Bajó la mirada y comenzó a llorar.

—No puede ser —dije—. La vi durmiendo y…

—Un exceso de droga —dijo el médico—. Su corazón no pudo

resistirlo, usted se ha salvado porque...

—¿Por qué yo? —dije, y comencé a llorar.

Olvidé al torturador que clavaba en mi carne sus agujas de hielo.

Ahora llevaría para siempre una única estaca en medio del corazón.

CAPÍTULO VII

—Y te refugiaste en este lugar —dijo Valerie hablando por primera vez.

No la miré, volví a servirme una copa de *whisky* y moví las brasas de la chimenea.

—Jean llegó a los muelles cuando nos sacaban de la casilla. Había despedido el taxi y cuando consiguió dar con otro, los tipos ya se habían marchado. Pero pudo seguirles la pista y alcanzarlos cuando se detuvieron delante de un hotel de bajísima categoría en el barrio portuario. No sabía qué decisión tomar y estaba por llamar a la policía cuando vio que los tipos salían del hotel. Entró a la carrera y tuvo que despertar al conserje que dormía la mona para que le indicara dónde estábamos. El pobre hombre no lo sabía y cuando por fin echó abajo la puerta del cuarto dónde estábamos Irena y yo el escándalo había atraído a la policía.

—¿Qué ocurrió después?

—No hubo pistas. Warren y Wallis, quienes quiera que fuesen, habían desaparecido del mapa. Solo quedábamos dos jóvenes drogados hasta la saciedad en un hotel de mala muerte. Casos así se ven todos los días.

—Sí; puedo recordar que en un principio las informaciones fueron contradictorias.

—Había muchos intereses en juego, pequeña. La compañía que me auspiciaba me dio una indemnización y anuló mi contrato. Era lo que yo deseaba. Se ocupó además de que la afición supiera que había sido un hecho criminal del que yo era la víctima viva y mi mujer, Irena... la víctima inocente y muerta. Nunca se supo lo que ocurrió realmente porque mi historia parecía fantástica, o al menos lo parecía para aquellos medios que podrían haberla publicado. La banda del conejillo ensangrentado estaba —y está— muy bien infiltrada.

—¡Es imposible!

—Yo pensaba lo mismo —dije, acabando mi trago.

CAPÍTULO VIII

—Tienes razón, tengo miedo. Estoy aterrado por mis propios fantasmas, y aunque no lo comprendas no estoy dispuesto a volver a equivocarme. No sé cómo actuar en estos casos como no sea yendo a la policía. Ya no soy un tipo impetuoso.

Se arrodilló a mí lado, dejó la copa de *whisky* sobre la alfombra y me miró profundamente. Tenía las pupilas dilatadas y brumosas como si estuviese en dos sitios al mismo tiempo.

—No parecías un caballero meticuloso y reflexivo ayer cuando tuviste los enfrentamientos —dijo, cogiendo mi rostro con sus manos.

Podía oler su aroma de mujer y llevarlo hasta el último recodo de mi cuerpo.

—Puedo ser violento cuando yo estoy en juego, pero no estoy en condiciones de complicarle la vida a nadie.

Me besó una y otra vez, en los labios, en las comisuras de los labios, en las mejillas, y cada vez el aleteo de su piel me llenaba de calor y zozobra.

La arrojé de espaldas sobre la alfombra y perdí la cautela.

Me convertí en un viejo guerrero demasiado abrumado por los acontecimientos como para reflexionar sobre ellos, por lo que se lanza de frente a la batalla y deja los resultados en manos del azar.

El azar ya estaba de nuestra parte y cuando las pieles se rozaron desnudas y nos reunimos definitivamente oí sus gemidos y mis propios pensamientos como si fuesen experiencias recién nacidas.

* * *

—¿Qué haces? —pregunté.

—Debo volver.

—¿Por qué?

—Esos tipos no se andan con rodeos y mi padre y mi hermana carecen de esa dosis de locura que yo he heredado.

—Me estás chantajeando.
—No.
Se acercó vistiéndose y me besó con dulzura.
—Comprendo tu punto de vista —dijo mirando a nuestro alrededor con una sonrisa—. Has encontrado un oasis y quieres conservarlo. Estoy de acuerdo contigo, solo que yo no puedo quedarme y...
—De acuerdo —dije levantándome.
—No avisaremos a la policía —me advirtió.
—Está bien.
—Tampoco jugaremos muy limpio.
—De acuerdo.
—Y no voy a dejar que se salgan con la suya, ¿lo entiendes?
—Entiendo.
—Yo voy a correr en lugar de Anna.
—¿Tú?
—¿Te sorprende?
—No sabía que esquiaras.
—Soy muy buena; solo que no me gusta competir.
—No puedes hacerlo, Valerie. Anna tiene una puntuación que le permite ocupar el puesto que ocupa. No puedes llegar así, por las buenas, y hacerte con su lugar. Hay una serie de controles que no podrás vencer.
—Lo haré.
—Creo que yo tengo una idea mejor —dije.
Me miró intrigada.
—¿Qué idea?
—Yo sí puedo correr.
—¿Tú?
—Exacto.
—Pero si hace más de cuatro años que...
—Montaré un regreso espectacular justo antes de la prueba final y denunciaré a la mafia blanca. Entonces entras tú.
—¿Qué debo hacer?
—La fortuna de los Joliot será mi respaldo. Tu padre me dará su apoyo económico en vez de otorgarlo a esos hijos de perra y entonces...
—Ellos tendrán que darte una lección, como aquella vez en

Noruega.

—Exacto.

—Estás loco, completamente loco.

—Tal vez, pero he de salir de mi concha y resolver mi problema.

—No podrás hacerlo solo.

—Lo sé. Cuento contigo y con Jean Sèvres.

—Explícame el plan.

—Tenemos tiempo, princesa. Ven aquí.

Se quitó la blusa que tenía a medio abotonar y se acercó lentamente hacia donde yo me hallaba. Confieso que jamás en toda mi vida había percibido una sensualidad como aquella que se aproximaba cadenciosa y voraz.

CAPÍTULO IX

Las cámaras me tenían acorralado. Nunca imaginé que mi nombre hubiese quedado tan grabado en el ánimo de la heterogénea afición del deporte blanco.

Viejos reporteros que hacía años que había olvidado llegaron para la conferencia de prensa y un par de emisoras se ocuparon de difundir en directo lo que yo diría.

En el vestíbulo del hotel las cosas habían sido dispuestas como para recibir a una estrella de cine. Yo era la estrella, pero el cine de que me ocupaba era de horror.

Joliot y Anna estaban a mí lado. Valerie se ocupaba de las relaciones públicas y Jean Sèvres parecía rejuvenecido ante la aventura.

Fue una conferencia de prensa prolongada y difícil. Allí estaban los bien intencionados preocupados por el deporte y los buitres interesados en el sensacionalismo; los periodistas estrictamente deportivos y los que solo maman de la tragedia y el dolor como bichos mal nacidos.

Yo me sentía a mis anchas. Tras largos años de huida y reclusión, ¡por fin! pasaba a la ofensiva.

Miré a Valerie, que se ocupaba de todo con la eficacia de una diosa feminista.

Y entonces reparé en el tipo. Iba impecablemente vestido y gafas oscuras y un gorro de lana encasquetado hasta las orejas. Un bigote prodigioso dividía su rostro en dos zonas perfectamente delimitadas y sus hombros demasiado anchos lo convertían en una figura llamativa.

Llamativa para mí, porque yo lo había reconocido. Había reconocido aquel prognatismo prehistórico que flotaba en mi memoria como la caricatura de la muerte.

La muerte de Irena.

Jamás he creído en las casualidades y aquella era una casualidad suficientemente increíble como para comprender que Warren, o

como diablos se llamase ahora, se hallaba detrás de todo el tinglado.

Y entonces, precisamente en ese momento, estuve a punto de echarlo todo por la borda. Solo necesitaba recorrer una veintena de metros y dejar que mis dedos se hundieran en su garganta hasta que su mirada burlona no fuese más que vidrio muerto en sus pupilas sanguinolentas.

Valerie se acercó a mí y me cogió la mano.

—¿Has visto un fantasma?

—Así es —dije, reponiéndome—. Pero ya ha pasado.

—¿Seguro?

—Puedes creerme, no tienes nada de qué preocuparte.

Y entonces comenzó verdaderamente la conferencia de prensa.

Expliqué con lujo de detalles mi odisea en Noruega, la muerte de Irena, las amenazas de que había sido objeto la familia Joliot y el atentado contra Anna primero, contra mí más tarde y contra Valerie la última noche.

Hubo algunos periodistas que preguntaron detalles importantes, por lo que comprendí que pertenecían a ese grupo de esforzados guerrilleros de la noticia que suele sufrir en carne propia la denuncia del gansterismo. A ellos dediqué mi más ferviente simpatía, sin quitar los ojos de Warren, que parecía más serio a medida que avanzaba la conferencia.

—¿Por qué no denunció inmediatamente los atentados, señor Navratille? —preguntó una muchacha de International Sky.

—Porque todavía no había decidido lo que haría. Quiero que toda la afición sepa que la compañía Joliot no se amilana y que secundará mi reaparición en las pistas. Si estos malditos criminales consiguen vencernos entonces el deporte blanco terminará siendo lo que en su momento fue el boxeo cuando cayó en manos del hampa. De todos nosotros depende erradicar el mal de raíz.

Miré a Warren y vi cómo se ponía de pie para marcharse.

—¿No teme que ellos, quienes sean, tomen represalias?

Esta vez conocía al periodista. Era un viejo profesional al que ninguna publicación podía comprar, ni tampoco ninguna marca de material deportivo.

—No, Sam, no temo. Todo lo que pudieron hacerme lo hicieron hace cuatro años, pero lo intentarán, sé que lo intentarán y supongo

que la policía estará en guardia.

Warren me dirigió una última mirada desde las puertas del hotel antes de salir a la calle.

Sonreí mientras la conferencia se desintegraba como una hinchada satisfecha luego de que su equipo ha ganado el clásico del año.

—¡Un momento, amigos! —grité.

Incluso Valerie dejó de sonreír a nuestros invitados para mirarme estupefacta.

Volví a sentir en mi pecho la euforia que había hecho famoso al Loco Navra.

—Hay algo más que deseo decirles, algo que siempre he deseado organizar aquí, en mi país. Organizaremos un biathlon —dije rápidamente.

—¿Un biathlon? —preguntó Sam, sentándose.

—Así es, amigo. Dentro de tres días y pueden inscribirse todos los esquiadores que crean en sí mismos.

—Si alguien piensa hacerte algún daño, muchacho, el biathlon es todo lo que necesita —dijo Sam.

Sonreí. Había sido una idea que había surgido repentinamente, hacía escasamente un minuto, y tal como la había sentido la había expuesto.

Me volví y me alejé hacia el bar. Sabía que Valerie venía detrás de mí y no tenía ninguna intención de proporcionar una pequeña escena a los periodistas de la prensa sensacionalista.

Me acodé en un extremo de la barra, y la esperé.

—¿Qué diablos te ocurre? ¿Es que nada te importa ya?

—Tranquilízate.

—¿Sabes lo que significa un biathlon?

—Desde luego, he ganado varios en Noruega en mis buenas épocas.

—Pues ya teníamos suficientes problemas como para agregar uno más. Si pretenden dar un escarmiento contigo lo harán durante el biathlon.

—Exactamente —dije.

—Escúchame, maldito loco, estoy enamorada de ti, ¿lo oyes? ¡Estoy enamorada de ti!

No era una declaración de amor, era un grito de guerra y la así

por la cintura para taparle la boca con un beso.

—Yo también te amo, princesa.

—No quiero que vuelvas a ser el Loco Navra.

—No lo seré, te lo aseguro. Voy a cazarlos durante el biathlon.

Abrió muy grandes sus pupilas y tuve ganas de morderle el alma.

Pero ella dio media vuelta y salió del bar.

—Te has llevado a la mejor gacela de la comarca, muchacho —dijo Pete, el *barman*.

—Todavía no, Pete, todavía no.

—¿Whisky?

—Sí, doble.

—Yo invito —dijo Jean Sèvres acodándose a mí lado.

—Hola, vagabundo.

—Hola, loco.

Así nos saludábamos entonces, cuando todo era todavía un sueño limpio.

Bebimos en silencio mientras yo pensaba en el biathlon.

El biathlon es una prueba de competición de esquí de fondo, sobre una distancia de veinte kilómetros en la que cada esquiador lleva un ligero rifle de caza y municiones. Cada competidor debe detenerse cuatro veces para disparar a un blanco. El esquiador debe saber disparar muy bien ya que la penalización por errar la diana consiste en añadir más tiempo al invertido por el participante en el recorrido. De todas las pruebas el biathlon es una de las más emocionantes.

—Por la caza —dijo Jean y levantó su copa.

—Por la caza —dije yo.

CAPÍTULO X

—La policía cree que hay una gran dosis de publicidad en tus declaraciones.

—Me imaginaba algo por el estilo —repliqué.

Valerie parecía fuera de sí.

—¿Te das cuenta de que estarás prácticamente indefenso durante diez o doce kilómetros?

—No habrá vigilancia policial si es a eso a lo que te refieres —dije.

—Por el amor de Dios, Alain. ¿En qué estás pensando?

—Tú y Jean estaréis allí.

—Necesitas un ejército, no dos personas que son simples aficionados.

—Todo saldrá bien, no te inquietes. Lo he pensado.

—Adelante, me encanta oír tonterías, sea la hora que sea.

Eran las once de la noche del día anterior al biathlon y yo debía levantarme al alba. No había vuelto a ver a Warren, pero su presencia era tan notoria que no necesitaba aparecer físicamente dentro de mi dormitorio.

—Tú y Jean me seguiréis, en el helicóptero durante el recorrido.

—Una buena butaca para presenciar tu asesinato. Eres muy considerado.

—Escúchame, Val.

Mi tono debió sorprenderla porque se quedó muda.

—Si no los cogemos con las manos en la masa estamos igual que antes. ¿Lo comprendes? Hemos de atraparlos en acción y para ello es necesario correr algunos riesgos.

—Tenemos que conseguir a alguien más —dijo ella.

—¿Alguien más?

—Sí, alguien de la oficina del fiscal.

—Sí, ¿por qué no? Y también a la pareja deportiva, Starsky y Hutch.

Ahora le tocó a ella sonreír.

—Cariño, tal vez todavía no lo sepas muy bien, pero Rupert Joliot es un hombre con muchas influencias.

—Me alegro por él, pero no parece que esas influencias sean capaces de intervenir en la buena voluntad de la policía.

—Yo me ocuparé de todo, ¿vale?

—Desde luego, nos veremos en la meta.

—¿Piensas llegar a la meta?

—Desde luego que sí. ¿O acaso crees que para mí no significa nada ganar el biathlon?

La besé en la boca abierta y salí de su cuarto antes de que reaccionara.

El chófer de los Joliot me dejó delante del hotel.

Nadie parecía dispuesto a dormir aquella noche, pero yo lo necesitaba, de modo que subí a mí cuarto y encendí la luz. Me quité el abrigo y lo arrojé sobre una silla.

Entonces golpearon la puerta de mi cuarto. Tal vez se tratara de Al Capone con su metralleta de disco, pero aun así abrí la puerta.

—Alguien ha traído esto para usted, señor —dijo un botones.

—Gracias, chico.

Cogí el paquete, le di cinco francos y cerré la puerta.

Sabía lo que había en su interior por lo que no me sorprendió la sanguinolenta cabeza del conejo degollado.

Abrí rápidamente la puerta. El botones aguardaba el ascensor.

—Chico.

—Sí, señor.

—Hazme el favor de tirar esto a la basura.

Me miró sorprendido. Todo el mundo me miraba con sorpresa desde hacía unos cuantos días. Ya me estaba acostumbrando. Cerré nuevamente la puerta y me dispuse a dormir algunas horas.

Cuando terminé de vestirme y miré a través de la ventana supe que un detalle había escapado a mis previsiones.

La niebla.

Jean Sèvres y Valerie me aguardaban en la cafetería.

En sus semblantes leí claramente que habían pasado una mala noche.

—No voy a desayunar —dije—. Jamás lo hago antes de una competición.

La visibilidad era de unos sesenta metros y por acuerdo general,

ya que era una prueba voluntaria, fuera de competencia, se decidió que comenzaría a las diez en punto de la mañana.

A las diez menos cuarto me encontraba en mi sitio, vestido y montado en mis esquíes como un jinete del futuro. Llevaba el rifle colgado de mi hombro y un cinturón con municiones.

Valerie y Jean habían ido en busca del helicóptero. No habían obtenido respuesta de la oficina del fiscal por lo que Jean me aseguró que llevaría su carabina de caza.

Rupert Joliot y Anna seguirían la prueba por la televisión, solo que habría una distancia de alrededor de ocho kilómetros en las que cada participante estaría absolutamente solo. La pista del biathlon había sido improvisada y una parte de su recorrido era suficientemente difícil como para que las unidades de la televisión no se aventuraran.

Allí esperaba que Warren hiciese su primer movimiento. Si tenía éxito también sería su último y definitivo movimiento, pero yo no sufriría su triunfo porque no viviría para ello.

Ajusté mi casco y probé los esquíes. Verifiqué el funcionamiento del arma y miré el reloj de largada.

Solo tenía un par de minutos y no deseaba que nada perturbara mi concentración.

Dejé la mente en blanco y respiré acompasadamente. Mis dedos aferraban los bastones como si fuesen el único contacto que me vinculaba a la realidad. El resto pertenecía al terreno de la aventura.

Sentí los rotores del pequeño helicóptero y lo vi pasar raudamente en el límite de la niebla.

Esta será mi última locura, pensé y di un gran impulso con mis bastones cuando recibí la señal de partida.

Eran las diez en punto de la mañana.

Me deslicé lo más rápidamente que pude procurando guiarme por las puertas embanderilladas que marcaban con seguridad el itinerario de la competición.

Durante dos kilómetros, el tramo inicial, un gran número de entusiastas flanqueaban mi carrera. Luego, a medida que me alejaba del centro y me internaba entre los primeros pinos, fueron decreciendo en número hasta casi desaparecer. Había un grupo reducido a la vista del primer blanco. Sujeté los bastones y me

detuve el tiempo suficiente para realizar el disparo. Di en el blanco y continué deslizándome aprovechando la pendiente, mientras reacomodaba el rifle en mi espalda.

La niebla parecía condensarse más y más a medida que me internaba en la montaña y los *bosses* se sucedían unos tras otros obligándome a un movimiento continuo de flexión y tensión.

Fue ese movimiento el que evitó el primer atentado.

Iba atento y decidido por lo que vi a los dos esquiadores cuando salieron de entre los árboles, a mí derecha y unos cuarenta metros más adelante. Se abrieron para embestirme desde los dos flancos y comprendí que habían tenido que improvisar. La pendiente me favorecía y continué mi rumbo sin moverme. Solo aferré el bastón derecho con fuerza y me lancé hacia el *bosse* que tenía más próximo casi cuando iba a chocar con ellos.

Flexioné las piernas y utilicé el montículo de nieve como si fuese un trampolín, cuando me sentí en el aire encogí las piernas y evité así el golpe de mi primer atacante. La cadena que blandía silbó debajo de mis esquíes y yo tuve más suerte. Le propiné un golpe con todas mis fuerzas en el cuello, justamente debajo del casco y perdí el equilibrio.

El agresor cayó rodando por la nieve y yo hice una serie de movimientos disparatados para caer sin tropiezos. No tuve tanta suerte esta vez y resbalé de costado sin poder controlarme y caí de espaldas.

Ya tenía encima el segundo agresor. Procuré incorporarme, pero no iba a conseguirlo antes de que llegara hasta mí. También blandía una cadena y comprendí que pretendían liquidarme sin emplear más que un objeto que pudiese confundirse con un choque contra un árbol o una caída sobre alguna roca superficial.

Cogí el bastón con las dos manos y lo sostuve delante de mi rostro. La cadena bailó en las manos de aquel esperpento vestido de blanco y cayó perpendicularmente sobre mi cabeza. Eché el rostro hacia atrás y sentí un golpe violento en el casco, luego la cadena se enroló en el bastón y yo tiré de él con todas mis fuerzas. El tipo se me vino encima y yo giré para que cayera a mí lado.

Sujeté su brazo armado con mi rodilla izquierda y apreté su cuello con el bastón de esquí. Reconocí tras la mirilla del casco al matón que había echado de casa de Rupert Joliot y cerrando el

puño como un martillo golpeé la mirilla. El plástico se astilló y yo le quité el casco. El matón estaba aturdido y volví a golpearlo del mismo modo, esta vez en la nariz. Sentí un placer morboso cuando le reventé el tabique y perdió el conocimiento.

Me volví y vi el helicóptero a pocos metros, posándose sobre la nieve.

—¡Rápido, continúa, yo me ocuparé de ellos! —gritó Jean, saltando sobre la nieve.

Alcancé a ver el rostro alarmado de Valerie y creí divisar a alguien más a su lado. Me puse de pie y me impulsé con los bastones.

El segundo blanco estaba emplazado un kilómetro y medio más adelante y disparé casi a la carrera. Ya había perdido demasiado tiempo.

Esperaba a Warren… y también a Wallis.

Ellos estarían en algún recodo, reservándose por si el primer ataque fallaba.

No ocurrió nada hasta que me detuve para disparar a la tercera diana. Y tampoco durante los quince minutos siguientes; entonces los intuí más que verlos.

Habían elegido muy bien el sitio. A la derecha se extendía el límite del bosque más allá del cual estaba mi cabaña. A la izquierda la ladera caía hasta convertirse en una cornisa suspendida sobre un precipicio de más de cuarenta metros. Yo conocía el lugar, como la palma de mi mano y también lo hubiese elegido de ser el perseguidor.

Delante la nieve fina y fresca se depositaba sobre un tramo prácticamente horizontal, en el que no podía avanzar a mucha velocidad.

Y no iba a retroceder.

Digo que los intuí más que verlos porque un rayo de sol se coló por una grieta de la bruma y reflejó el cristal de los prismáticos. Recordé instantáneamente al tipo de los prismáticos que me había llamado la atención cuatro años atrás, el día que perdí a Irena, y supe que era Wallis. Aquella vez había estado comprobando si yo obedecía o no sus órdenes. Esta vez estaba allí para acabar conmigo.

Sentí el desafío como una trompeta vengativa en el fondo de mi

memoria y me detuve.

Wallis, estaba seguro que se trataba de él, iba montado en un *esquí-bob*, una especie de motocicleta de las nieves que inventaron los austríacos. Es una especie de armadura metálica que posee una cola de esquí fija y una espátula móvil dirigida por una guía. Tiene una silla para que el esquiador se siente.

Iba armado con una escopeta y se dirigía hacia donde yo estaba.

Busqué el helicóptero y lo vi demasiado lejos, saqué mi rifle y me lo llevé al rostro. Apunté y disparé casi instantáneamente.

La bala rozó la espátula móvil y el *esquí-bob* cambió de dirección. Wallis hacía esfuerzos desesperados por controlarlo, pero él había contado con la pendiente como su principal aliado y ahora, fuera de control, se precipitaba directamente hacia el precipicio.

Todavía sostenía la escopeta entre sus manos cuando pasó a unos siete metros de donde yo estaba. Vi como alzaba el arma y me apuntaba. Me arrojé de bruces sobre la nieve y sentí el mordisco multiplicado de los perdigones en la nieve y en mis muslos. Cuando levanté el rostro, hombre y máquina se despeñaban sin remedio.

Me acerqué al borde del abismo y miré hacia abajo. Tal vez hubiese tenido suerte y no hubiese golpeado contra las rocas que florecían allí abajo, pero aun cuando no hubiese chocado contra ellas la posición de su cuerpo no era en absoluto normal. Tenía que haberse roto la espina dorsal.

Durante una fracción de segundo tuve verdadera conciencia de que ese títere roto de allí abajo podría haber sido yo. Me erguí y recargué el rifle.

—Suéltalo —dijo la voz.

Montaba un *esquí-bob* y había llegado sigilosamente hasta mí.

Era Warren.

Llevaba una Parabellum y la sostenía como un profesional.

—Eres el cabecilla, ¿verdad? —pregunté.

—Uno de ellos —dijo fríamente.

El helicóptero había desaparecido.

—Estás loco. Más loco que Wallis si crees que podrás salirte con la tuya.

—Hace años que estoy en el negocio, campeón.

No había ningún signo emotivo en su voz. Iba a eliminar un obstáculo de su camino, eso era todo. Así había ocurrido con Irena y

así iba a ocurrirme a mí.

Una furia inmensa me desbordó. Aquel hijo de perra iba a ganar. Yo estaba compitiendo, era mi desafío, y él iba a ganarme.

Cerré los ojos y durante la fracción de segundo que precedió a mí salto y a los disparos sentí el dolor en mis piernas, allí donde los perdigones del escopetazo habían penetrado en mi carne.

Y salté.

Un dolor quemante se apoderó fugazmente de mi hombro izquierdo. Sentí que la punta de mi bastón encontraba algo blando y se hundía. Luego caí dando tumbos sobre la nieve. Me levanté con rapidez para enfrentarlo nuevamente, pero Warren no se movió.

Estaba caído del otro lado del *esquí-bob* y la Parabellum todavía humeaba en su mano derecha. Detrás de él, a unos treinta metros, divisé a un tipo vestido con traje de ciudad y un abrigo de piel. En sus manos sostenía un fusil con mira telescópica.

—¿Está usted bien? —me gritó.

—Sí, estoy bien.

Detrás de él aparecieron Valerie y Jean deslizándose sobre sus esquíes.

Valerie derrapó a mí lado y me abrazó.

—Estás sangrando. Las piernas y el hombro... —dijo con un sollozo.

—Estoy bien —dije, besándola en los labios.

—Este es el señor Duvivier, de la oficina del fiscal. Decidió venir en el último momento —explicó Jean.

—Me alegro de que lo haya hecho, señor Duvivier. Me ha salvado la vida.

Nos estrechamos la mano.

—Vamos, Navratille —dijo entonces Duvivier—. El helicóptero está muy cerca.

—No.

—¿Qué dices? —inquirió Valerie.

—Todavía no he terminado, estoy compitiendo y jamás he abandonado un biathlon.

La besé en los labios y me impulsé con los bastones. Sentí un dolor feroz en las piernas y el hombro, pero tenía que hacerlo, era mi desafío.

CAPÍTULO XI

—Propongo un brindis —dijo Jean—. Por el final de la mafia blanca y una nueva felicidad para el Loco Navra.

Todos levantaron las copas.

—No has ganado, pero al menos tampoco has abandonado la competición —dijo Anna, hermosa y aduladora.

—Salud —bramó Rupert Joliot—. Bienvenido a la familia.

—Y por favor, cariño, basta de locuras, ¿de acuerdo? —intervino Valerie, abrazándome.

—Solo dos locuras —dije yo.

—¿Cuáles, amor?

—La primera es la mayor de las locuras: casarme contigo.

Me besó en los labios con rapidez; aguardaba la continuación de mi frase.

—¿Cuál es la segunda locura? —preguntó.

—Bueno, siempre he deseado cruzar el polo sobre un buen par de esquíes...

FIN

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es

IDEALISMO Y NOBLEZA

pero también

SANGRE Y CORRUPCION

Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



EDICIONES CERES, S. A.

Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España: 60 ptas.

IMPRESO EN ESPAÑA. PRINTED IN SPAIN